

¿QUÉ ES EL FUNDAMENTALISMO?

CRÍTICA DEL PODER OCCIDENTAL Y CRISTIANO

Iñaki Gil de San Vicente

NOTA ACLARATORIA

Este breve opúsculo fue redactado abril de 1995 para un debate entre varias personas interesadas en los problemas internacionales surgidos a raíz de lo que Bush, presidente norteamericano cuando la llamada "guerra del golfo", denominara "nuevo orden internacional".

Su finalidad no era otra que la de ofrecer a los miembros del grupo unos puntos de vista críticos sobre el proceso internacional de criminalización de todo lo que no fuera "pensamiento occidental"; muy especialmente, criminalización de las corrientes llamadas islamistas y, a la vez, aprovechando la marea, de todo el pensamiento izquierdista y progresista que cuestionaba la fría lógica del máximo beneficio que alimenta la contrarrevolución neoliberal en curso.

También pretendía ofrecer unos elementales argumentos en defensa de la capacidad humana de raciocinio, de pensamiento crítico, científico y materialista, en unos momentos en los que sufrimos una nueva oleada de irracionalismo autoritario, apologías de las religiones, cuentos y patrañas místicas y esotéricas. Precisamente ahora que el método científico esta superando las limitaciones mecanicistas inherentes a la revolución científica del XVII, abriéndose gradualmente a paradigmas dialécticos, globalizadores e interrelacionados, es ahora, cuando la ofensiva irracionalista intenta cuestionar el potencial emancipador del pensamiento humano.

El opúsculo tiene muchas limitaciones. Basta leerlo con algún detenimiento para darse cuenta de que esta escrito con fines muy precisos y urgentes. Digamos que para andar por casa y entre amigos. pese a ello y si no fuera demasiada molestia y perdida de tiempo, nos gustaría conocer vuestra opinión sobre dos cosas: una, la valía del opúsculo en si, sin hacerle ni cambios ni añadidos substanciales, y otra, si es posible publicarlo de algún modo, una vez mejorado y ampliado.

INTRODUCCIÓN

Hoy, ahora mismo en nuestra sociedad y entorno cultural, calificar a alguien de "fundamentalista" o "integrista" es tanto como llamarle "dogmático", "retrógrado", "fanático", "oscurantista"; es parangonable a "terrorista". Si decimos de fulanita o de tal corriente sociopolítica o religiosa que es "integrista", "fundamentalista" le colgamos los sambenitos de "antidemócrata", "autoritario" y "dictatorial".

¿Razones de ello? Dos:

Una, que entre la progresía occidental ha penetrado tanto la mezcla de postmodernismo, reformismo blando y pensamiento débil, que todo lo que sea mantener y argumentar criterios sólidos, fundamentales, históricos y tensionadores, es de inmediato rechazado y menospreciado. Reina lo blandibluff, lo superficial y la mierda televisiva. Un libro de ensayo debe tener menos de 200 páginas; una ponencia interna justo 10 y un artículo apenas 2. ¡Y nada de rigor ni complejidades! A lo sumo, se usa y se abusa del método llamado periodístico, que sacrifica el rigor y la lógica al sensacionalismo, a la fácil asimilación acrítica y a la ausencia de todo esfuerzo personal y colectivo.

La humanidad ha tenido siempre como instrumentos de su larga conquista del reino de la libertad, partiendo del de la necesidad, dos instrumentos básicos, dialécticamente dependientes, la palabra y la mano. La dialéctica entre ambos se realizó primero mediante la praxis oral y la relación piedra-mano, unido al larguísimo espacio de tiempo necesitado para controlar el fuego. Más adelante, algunos humanos que eran masculinos, ricos y sacerdotes-guerreros, inventaron y acapararon para ellos la praxis escrita cuneiforme, mientras que la mano abandonaba la piedra y pasaba a controlar el cobre y el bronce; también el fuego, ya dominado, dejaba espacio en la inquietud y necesidad colectiva a las primeras irrigaciones y al amaestramiento de animales. Fue la revolución neolítica.

Luego, la praxis escrita mejoró su efectividad e inventó el alfabeto y hasta algunos números, aunque no el cero, mientras que la mano, que ya había visto la endebles del bronce, se lanzó a manipular el hierro, y con él se construyeron arados más profundos pero también espadas y escudos más perfectos; pero también apareció eso que se llama dinero, el equivalente universal, el gran igualador pero el gran diferenciador.

Partiendo de las potencialidades implícitas en esos avances contradictorios -tan contradictorios como la vida social misma- se inventó la filosofía y una cosa que podríamos llamar como método pre-científico, que anunciaba ya algunas características básicas de lo que sería, hasta hoy, el método científico. Sin embargo, bien pronto, aquella explosión de creatividad sería objeto de una dura oposición idealista y religiosa que sustentó el núcleo del irracionalismo y del conservadurismo en el pensamiento humano.

Pasaron los siglos y con el Renacimiento la praxis escrita dio un salto de gigante: se inventó la imprenta y con ella, el libro, ese bello y nunca ponderado montón de hojas ordenadas. La palabra humana podía ya dialogar consigo misma y con otras al margen del tiempo y de la distancia. Un objeto cada vez más liviano y menos voluminoso servía como demoledor instrumento de dogmas y maravilloso medio de emancipación. Simultáneamente, la mano aprendió a manejar brújulas, telescopios y microscopios. No faltó mucho para que la mano y la palabra se atrevieran a bajar a dios del pedestal. La respuesta fue el endurecimiento de la Inquisición. Durante cerca de cuatro siglos, el libro fue el continente de la inteligencia y de la libertad, dando forma e influenciando al contenido.

Desde mediados del siglo XX, el libro está padeciendo ataques cada vez más demoledores. La alianza de la televisión, nuevas tecnologías de la comunicación, ordenadores y neoliberalismo, está sometiendo al libro y todo lo que implica, conlleva y potencia, a una presión terrible. Las nuevas formas de explotación del trabajo, de vida y cotidianeidad, están suprimiendo el tiempo propio y libre, el que se puede dedicar a la lectura, pero también están cambiando drásticamente los métodos pedagógicos; los nuevos sacrifican la educación global, integral y crítica a la sectorialización hiperespecializada, a la idiotez tecnificada y a la dependencia absoluta de cualquier especialista hacia otros especialistas. Aumenta el analfabetismo funcional y la ignorancia global mientras crece la incomunicación y el aislamiento especializado. Cada vez

es más difícil, afirmar los pedagogos críticos y progresistas, lograr que los estudiantes aguantes más de quince minutos una lectura compleja y novedosa.

La telebasura, la cultura del zapings y de la risa tonta está segando de raíz la esencial dialéctica entre la palabra y la mano. Ahora, no sólo las campañas electorales sino hasta los programas en los que supuestamente se debaten y confrontan cuestiones vitales para la existencia humana, son diseñados para intercalar anuncios de mostaza y de violencia sexo-policíaca cada pocos minutos, independientemente de lo que en ese momento se esté argumentando. Los telepredicadores prometen la salvación eterna entre spot publicitarios de viajes al Caribe y marcas de lujosos coches cargados de simbología fálica. No es extraño, en absoluto, que semejante miseria de la inteligencia conlleve el engrandecimiento de la estupidez. Y uno de los caldos de cultivo de cualquier dogma, del fundamentalismo autoritario, es la ignorancia.

La otra razón es que, paralelamente, esa progresía ha aceptado la criminalización de toda resistencia antioccidental, de todo movimiento de respuesta que se nuclea y centralice alrededor de un pensamiento propio, no occidental o al menos no controlado por el aparato militar, político, económico y cultural imperialista. Este aparato define lo que es fundamentalismo de lo que no es según las necesidades del momento y la progresía ni siquiera intenta preguntarse porqué. Se limita a asentir con la cabeza, abriendo la boca para decir cualquier sandez o tópico disfrazados de grandilocuencia.

Esa progresía se pliega a las condiciones de la industria de la manipulación. Sabe, lo sabe a ciencia cierta, que si quiere seguir apareciendo en la caja de luces, en la prensa de masas, en los programas de audiencia, en las editoriales potentes, ha de aceptar los dictados del poder. Sabe que, para publicar un texto, además de limarlo de cualquier atrevimiento crítico, ha de pasar por los filtros del márketing, de los anuncios y spot, del comentario pelotero y mitificador. Sabe que muy pocos, contadísimos, son los intelectuales que han logrado independizarse de las mallas del poder, casi siempre con tremendos esfuerzos personales, sacrificios y rupturas. Y no están dispuestos a seguir ese camino. Prefieren el dinero, la imagen y la foto en la prensa.

Saben, por demás, que la fácil defensa del occidentalismo está cargada de peligros conservadores y reaccionarios, pero no les importa. Dado que la historia oficial, la que se enseña y se repite en todo momento, ha sido escrita por los vencedores, por el genocida proceso expansivo occidental, defender las razones propias de los pueblos y culturas arrasadas exige criticar la historia occidental: exige criticarnos a nosotros mismos. Y nosotros somos parte del poder que desde hace siglos exprime a la humanidad como a una naranja. Por ejemplo ¿quién puede defender con digna coherencia ético-moral e impecable rigor histórico a los saharauis sin a la vez, en esa misma defensa contra la agresión militar marroquí, criticar el incumplimiento de su propia palabra por parte del Estado español y el posterior colaboracionismo político, económico y militar? Hemos puesto uno de los múltiples ejemplos existentes. Sin embargo, crecen ya las críticas a los saharauis de "fundamentalistas". Pero ¿quienes son realmente, en este caso, "fundamentalistas"? ¿Los que defienden su país o los que defienden a los grandes intereses económicos y militares?

Ambas razones se refuerzan en el actual contexto de prolongada crisis de fondo, tímidos repuntes y negras perspectivas a escala mundial. En el centro imperialista uno de los medios de cohesión autoritaria, de cerrar filas y de azuzar el profundo reaccionarismo occidentalista es el de la supuesta amenaza islámica. Las versiones más duras sostienen que el fundamentalismo islámico maquina contra "la civilización" una estrategia múltiple y centralizada con presiones, cerco y asfixia económica utilizando las materias primas y recursos energéticos como petróleo y gas natural, oleadas masivas de emigrantes, sin olvidar el famoso "terrorismo árabe".

Antes de la "amenaza musulmana" existía el "peligro comunista". Antes de éste, el peligro obrero, las luchas anarco-sindicalistas, las luchas anticoloniales y de independencia de los

pueblos. Según el momento concreto y los intereses de las clases dominantes, los medios propagandísticos han fabricado siempre un "enemigo externo" generalmente relacionado de algún modo con la oposición interna. Más adelante volveremos sobre el particular porque es una de las características del fundamentalismo occidental y cristiano.

En la actualidad los tres bloques imperialistas tienen especiales intereses en criminalizar y satanizar cualquier reivindicación histórica los pueblos y culturas colectivas que resisten a sus designios o que puedan llegar a hacerlo. Al hablar de tres bloques imperialistas incluimos también al Japón que si bien no entra dentro de la cultura religiosa cristiana, históricamente sí ha sido defensor de un fundamentalismo religioso brutal del que diremos unas breves palabras, y es actualmente impulsor de un autoritarismo expansivo muy fuerte. Un expansionismo que está gastando ingentes sumas en el rearme militar y en la potenciación modernizada de viejas creencias sintoístas sobre el honor nacional, el papel del emperador, la perfidia occidental.

Aunque lo hagamos más adelante, no hace falta insistir en la enorme diferencia de comportamiento entre el cristianismo y el Islam en lo relacionado al trato con otras culturas, pueblos, religiones y grupos sociales diferenciados. Si el veredicto histórico es concluyente al respecto en favor del Islam y en general de casi todas las culturas y religiones no occidentales y cristianas -sin magnificarlas ahora por nuestra parte-, el comportamiento inhumano y dictatorial cristiano es hoy mucho más dañino que el islámico.

El problema que tenemos a la hora de entrar en análisis es que no sabemos qué es realmente el fundamentalismo cristiano. Nuestra ignorancia, como siempre, sólo beneficia a los poderes establecidos. Las izquierdas occidentales sólo hemos criticado el fundamentalismo cristiano desde la perspectiva de la denuncia atea del oscurantismo y de la filosofía alienante del ser humano, pero no hemos profundizado más allá. Las izquierdas europeas no hemos comenzado la crítica del fundamentalismo cristiano en su aspecto político-teológico y económico-teológico, y mucho menos en el estrechísimo emparejamiento entre el militarismo y la teología cristiana, campo de investigación crítica que permanece prácticamente inexplorado, aunque tiene suma importancia. Nos hemos limitado a las clásicas cuestiones filosófica, muy importantes por otra parte, y en especial a las relacionadas con la teoría y práctica del conocimiento científico. Esa superespecialización estaba y estará muy condicionada por la importancia misma del debate dentro del conocimiento humano en general.

Pero en la medida en que hemos dejado de lado otras partes de la crítica, en esa medida, hemos dejado en manos de imperialismo occidentalista un sinfín de instrumentos de legitimación de sus atrocidades, o cuando menos de ocultación y silenciamiento. Esto explica en gran medida la impunidad de la prensa capitalista mundial a la hora de "analizar" y criminalizar al llamado "fundamentalismo islámico" o a cualquier otro.

Aquí defendemos cuatro grandes tesis: una, el fundamentalismo y el son una ruptura de la dialéctica entre lo esencial y lo fenoménico; dos, el fundamentalismo e integrismo cristiano es históricamente opresor y causante de otros fundamentalismos que calificamos "defensivos" y "de respuesta"; tres, el imperialismo capitalista es la base económica y motor material del fundamentalismo cristiano y cuatro, los fundamentalismos e integrismos tienen constantes comunes que les enfrentan a la emancipación humana.

Por razones de espacio hemos tenido que dejar fuera de nuestro campo teórico a las religiones centroamericanas y gran parte de las asiáticas y africanas.

¿FUNDAMENTAL-ISMO?:

OCCIDENTE

En el tránsito del siglo XIX al XX las tres grandes corrientes del cristianismo -católicos, ortodoxos y protestantes- se enfrentaban a una dura pugna interna y externa. Cada una de ellas y el cristianismo en su conjunto debía recomponer sus bases esenciales muy seriamente cuestionadas por el desarrollo implacable de lo que se definió como "modernidad", una mezcla explosiva de cuatro factores: Una era la expansión capitalista que entraba en su fase imperialista extendiendo e intensificando la explotación de pueblos enteros. Otra era la expansión científica y tecnológica implacable, al margen ahora de las concepciones mecanicista que la sustentaban. Además, estaba la crítica rigurosa de la dogmática religiosa. Y por último, el clima creado por la conjunción del movimiento obrero dentro del capitalismo central y luchas coloniales de liberación y primeros cuestionamientos radicales del occidentalismo.

Las tres corrientes cristianas reforzaron su identidad propia contra las críticas internas y externas. El catolicismo reprimió duramente a la llamada "desviación modernista" que cundió en EEUU y Europa reafirmando la tradición a lo largo de los pontificados de León XIII y Pío X. El protestantismo creó en 1909 el Instituto Bíblico afincado en la ciudad de Los Ángeles que editó 12 volúmenes con el título de "Los Fundamentos" en los que se desarrollaban los 5 puntos básicos consensuados en 1895. La Iglesia Ortodoxa amplió su apoyo al zarismo desde finales del XIX y tras la revolución de 1905 incrementó su intervención directa y pública hasta grados que para sí hubiera querido Jomeini. En realidad, las tres corrientes partían de una base común: la creencia en que ellas eran las únicas y exclusivas depositarias del tesoro de la fe, del mandamiento de "amarás a dios sobre todas las cosas". Como luego veremos, el fundamentalismo cristiano tiene su origen en ese mandamiento básico.

El "fundamentalismo" aparece históricamente entonces como concepto que expresa el proceso de recuperación y reafirmación de los "fundamentos" irrenunciables en situaciones de crisis. Ciertamente, los "fundamentos" del cristianismo estaban siendo desmontados: la teoría de la evolución de Darwin, las leyes de la Termodinámica, las investigaciones sobre la historicidad de la Biblia y las razonadas dudas sobre la existencia real de Cristo, la irrupción del marxismo, la crítica psicoanalítica al cristianismo, la laicización social...Por otra parte, actuando como sustento ideológico, el pensamiento burgués estaba cada vez más penetrado por un pesimismo derrotista, por una visión apocalíptica que contrastaba abiertamente con el optimismo juvenil de la burguesía revolucionaria de finales del XVIII y comienzos del XIX. El segundo romanticismo, el que giró a la derecha renegando de los valores del conocimiento y mitificando un pasado escrito por las minorías ricas.

Schopenhaur, Spengler, Lombroso y su criminalología, el genetismo racista potenciado por los Estados occidentales para controlar la emigración. El darwinismo social.

A final del siglo XIX se populariza el concepto de "integrismo": un partido "integrista" español defiende la unidad del Estado amenazada por los separatismos internos y la descomposición imperial. También empiezan a oírse dentro del catolicismo opiniones "integristas" que reivindican la vuelta a la "integridad" del dogma; pero el "integrismo" religioso tardará más tiempo en coger fama, aunque era utilizado ya en las discusiones internas. Luego perdurará una corriente intengrista que penetra vía Vaticano en movimientos políticos católicos que no dudan en adaptarse y hasta integrarse en los fascismos según las peculiaridades estatales y los problemas históricos irresueltos de las burguesías a las que sirven.

PRÓXIMO ORIENTE

Mientras esto sucedía en Occidente en los amplios territorios musulmanes se libraba una lucha idéntica en el fondo pero diferente en la forma. Allí, sin recurrir al concepto de "fundamentalismo" se sostuvo un ensangrentado enfrentamiento teológico entre los renovadores y los ortodoxos islámicos. La causa histórica ha de buscarse en los efectos desestructuradores de la implacable penetración colonial y las consecuencias sociales inevitables: occidentalización de las clases dominantes y de las castas religiosas, corrupción pública, pobreza creciente de las masas, abusos y desprecios de los extranjeros cada vez más numerosos y chulos.

Sí hubo una diferencia cualitativa con respecto al "fundamentalismo" e "integrismo" occidental: los movimientos de vuelta a la tradición, de recuperación de lo propio, de integración de lo que se estaba desintegrando bajo la presión occidental, fueron movimientos populares armados que pasaron a la violencia defensiva. Hubo dos fases: en la primera fueron movimientos populares claramente progresistas con reivindicaciones similares a las exigidas por las revoluciones campesinas y burguesas europeas contra el feudalismo y absolutismo católicos. Esta fase se dio entre 1795, 1831 y 1852 en el imperio turco, Irán e India terminando en derrotas militares. Renació en India en 1864-1868, concluyendo en una derrota aplastante. Tales luchas se nuclearon alrededor del wahhabismo y babidismo.

La segunda fase está marcada ya por otras condiciones estructurales. El colonialismo había aprendido de las luchas anteriores. Las clases dominantes musulmanas y las castas religiosas, que ayudaron fielmente a Inglaterra a liquidar a los wahhabitas, estaban totalmente desprestigiadas. Dentro de la intelectualidad musulmana aparecieron grupos claramente "progresistas" prooccidentales, pacíficos y colaboracionistas en la práctica. La occidentalización estaba mucho más avanzada y las relaciones de explotación capitalistas más endurecidas.

Las reacciones de respuestas se aglutinaron alrededor de los musulmanes ortodoxos capaces de rescatar las formas tradicionales de ayuda y solidaridad mutua, de argumentar en base al Corán la necesidad de mantener el control de la usura y la prohibición de la banca privada, de presentar un proyecto cultural propio contra la occidentalización, de criticar con su rectitud personal la corrupción colaboracionista de los "reformadores", de legitimar teológicamente la necesidad de la "guerra santa" o 'jihad' por parte de las masas empobrecidas.

De entre los movimientos de respuesta de esta segunda fase destacan dos: que se desarrolló a partir de 1885 en amplias zonas de Arabia, Egipto y Sudán centralizado por el mahadismo, y el que estalló en 1911 en los territorios ocupados por Italia centralizado por el senusismo. Hubo otros, sobre todo en lo que eran entonces las "posesiones" de los Estados francés y español en lo que hoy es Argelia y Marruecos.

En el primero, Inglaterra tuvo que recurrir a todo su poder militar y al descarado colaboracionismo de las clases dominantes y de las castas religiosas corruptas para ganar al fin la guerra en 1898 destruyendo el Estado teocrático ortodoxo del Sudán. Victoria también favorecida por las agudas disensiones internas al mahadismo al fracasar en sus promesas de justicia social y control de la minoría enriquecida.

En el segundo, la victoria italiana no fue nunca completa ni definitiva, reapareciendo posteriormente la lucha popular armada en Libia cuando el fascismo lanzó la segunda ofensiva imperialista. No hace falta decir que en ambas ofensivas, el Vaticano, que había excomulgado al gobierno de Roma en 1871, no dudó en apoyarlo totalmente legitimando la "cristianización" y la "tarea civilizatoria". También es cierto que los senusitas no tuvieron apenas apoyo de otros movimientos pues ellos mismos se habían negado en 1885 a aliarse con los mahaditas.

Tenemos un cuadro bastante aproximado de lo que era el fundamentalismo cristiano y los movimientos ortodoxos musulmanes de respuesta popular armada al colonialismo capitalista. Más adelante veremos cómo ese colonialismo, que de inmediato entraría en su fase imperialista, se justificaba en el fundamentalismo occidentalista cristiano como tarea civilizatoria intrínsecamente buena y justa. En 1944 EEUU añadiría a esa "civilización" los mitos de "desarrollo" y "progreso".

EXTREMO ORIENTE

Pero también el mismo proceso aunque con diferencias específicas se estaba dando en Asia. No nos vamos a extender en las discusiones entre los "modernistas" y los "tradicionalistas" dentro del budismo ceilandés de la época. Tampoco lo haremos en la evolución del hinduismo hacia una mayor centralización en la figura de Ramakrishna muerto en 1886 y radicalización en los sihks frente al colonialismo inglés e islamismo que aumentaba su poder en gran medida debido al apoyo colonial, que lo usaba como fuerza de contención y estabilidad una vez destrozado el wahhadismo. Sí lo haremos, por su obvia habidos en Japón y China, por este orden.

A comienzos del siglo XVI los comerciantes europeos habían introducido en Japón el cristianismo en su versión católica. La reacción nacionalista unificadora lo prohibió a finales del XVI y hasta 1854 Japón no sufrió agresiones occidentales, cuando la armada yanqui abrió a cañonazos el hermetismo nipón. El impacto por las condiciones yankis fue tal que surgió un nuevo nacionalismo que tomó el poder con la revolución Meiji de 1867, unificando el país al vencer a los poderes feudales propensos, como en el siglo XVI, a negociar rendiciones particulares con los invasores occidentales.

Una de las medidas del gobierno fue oficializar el culto sintoísta en detrimento del budista en 1868. El sintoísmo era -lo fue hasta enero de 1946- la religión oficial, estatal e imperial. El sintoísmo adoraba al emperador como dios y a los dioses familiares como guardianes de la tradición y sirvientes del emperador. Por contra el pueblo rendía culto a un sincretismo sinto-budista que no satisfacía las necesidades centralizadoras del nuevo nacionalismo antioccidental. Expulsado el cristianismo había que controlar al budismo. Pero las duras medidas de marginación del budismo no surtieron efecto por su arraigo popular y en 1889 se le rehabilitó de nuevo manteniendo la primacía sintoísta. Sobre estas bases político-religiosas, Japón se lanzó a una intensa industrialización, militarización y expansión geográfica justificada con la ideología pan asiática antioccidental.

En China la irrupción del occidentalismo y del fundamentalismo cristiano fue inmensamente más dañina por la misma debilidad del gobierno. A finales del siglo XIX franceses, rusos, alemanes y japoneses presionaban para arrancar concesiones económicas, territorios y puertos y por asegurar la impunidad oficial de múltiples "misioneros" protestantes, católicos y ortodoxos. Se revelaron en muchas ciudades sociedades secretas y movimientos populares, especialmente los llamados bóxeres, que reivindicaban la vuelta a las tradiciones nacionales chinas que en esos momentos se expresaron de forma conservadora pero antioccidental. La sublevación popular cercó las legaciones internacionales en Pekín en verano de 1900. Un ejército internacional formado por unidades de las potencias arriba citadas más EEUU fue a liberarlas ocupando Pekín un año entero. Después obligó al gobierno chino a leoninas concesiones de todo tipo. El fracaso de la dinastía manchú, de su ejército y de las sublevaciones populares, animaron a las fuerzas progresistas y revolucionarias para forzar la instauración de la República en octubre de 1911, abriendo un largo período de conflictos armados, guerras de liberación y revoluciones sociales que culminaría en la victoria del Partido Comunista Chino en 1949.

DIFERENCIAS E IDENTIDAD

Después de este rápido repaso de las principales luchas defensivas de los pueblos no europeos a la colonización, fundamentalismo e integrismo cristiano, que le legitimaba incluso antes de popularizarse el propio término, podemos extraer cuatro diferencias y una identidad:

Una, el fundamentalismo cristiano respondió no a agresiones externas no eurooccidentales, sino a contradicciones específicamente internas, propias, exclusivas del cristianismo dentro de la sociedad capitalista occidental, mientras que absolutamente todos los movimientos y luchas de resistencia anticolonial y antioccidental tenían contenidos anticristianos por cuanto ésta religión agresiones que sufrían.

El cristianismo había fusionado su suerte histórica a las clases romanas ya en el siglo IV, aunque la había unido un siglo antes. Es más, en cuanto creación no de Cristo, sino de los grupos de la Anatolia bajo la dirección de Pablo, el cristianismo era desde su mismo nacimiento una religión incomprensible al margen de la lógica dineraria inherente al pensamiento grecorromano. La permanente tensión entre Yahvé y Baal, limosna y usura; las contradicciones evangélicas en todo lo relacionado con el dinero y su rentabilidad, la tesis central del cristianismo de Pablo de la evangelización de los gentiles como inversión ideológica de la expansión dineraria y comercial greco-romana, todo esto, que es una de las almas del cristianismo y que renacerá con el protestantismo y calvinismo, y actualmente con la versión católica del neoliberalismo, que la hay, hace que el cristianismo tenga una fuerza fundamentalista endógena, interna, no exógena, producto de la necesidad de defenderse de agresiones exteriores, de enemigos llegados de fuera.

Dos, mientras que el fundamentalismo cristiano en sus tres corrientes contó con el apoyo entusiástico de las clases dominantes europeas en sus respectivas áreas, sucedió al contrario en los movimientos de respuestas -a excepción de Japón por especiales condiciones- que no tuvieron otra alternativa que enfrentarse a una "alianza de dinero" entre las potencias occidentales y sus clases dominantes, incluida la lucha china pues los bóxeres no contaron con todo el apoyo institucional. Frente a la "alianza de dinero" muchas veces existió "alianza de tradición", es decir, movimientos interclasistas y populares defendiendo con las armas las costumbres y tradiciones propias.

Debido al carácter endógeno del fundamentalismo cristiano, las clases dominantes nunca han tenido problemas serios tanto en apoyar procesos involucionistas, como en impulsarlos e incluso exigirlos. Naturalmente, hay que introducir aquí dos cuestiones importantes: las diferencias y hasta choques entre clases propietarias en ascenso o descenso y, unido a ello, los proyectos nacionales inseparables a cada uno de esos bloques. Por ejemplo, el proceso de reafirmación fundamentalista de Inocencio III contra los albigenses o cataros contó con el apoyo e impulso de determinadas fracciones de las clases dominantes en abierta confrontación con otras. En la Europa de finales del XII y comienzos del XIII, prácticamente durante todo este siglo, también el "problema cátaro" expresó uno de los inicios de las posteriores reivindicaciones nacionales. Por ejemplo, siguiendo esta tónica, las guerras husitas posteriores respondieron a agresiones fundamentalistas que también eran de defensa de intereses nacionales opresores tal cual se vivían en el XV las masas campesinas, artesanas y hasta sectores empobrecidos de la nobleza checa.

Tres, mientras que el fundamentalismo cristiano en sus tres corrientes tenía un único sentido reaccionario, no sucedió así en las luchas y movimientos de respuesta no occidentales ya que éstos a la vez estaban condicionados por la historia propia de cada país o región sociocultural amplia, de modo que unos fueron conservadores y otros progresistas, pero sólo el japonés fue reaccionario como lo demostró en su agresión a China -no confundir conservadurismo con

reaccionarismo- y sí todos fueron antioccidentales y anticristianos, aunque luego desarrollaran fuerzas capitalistas.

No es posible encontrar un fundamentalismo cristiano revolucionario, ni incluso la Teología de la Liberación de la que hablaremos al final. Roma ha ido reafirmando y reconstruyendo las partes dañadas del dogma, a la vez que ampliándolo según las necesidades del momento, en respuesta a los procesos centrífugos y secesionistas que cuestionaban su cetro, ya desde el inicio mismo de la formación de su poder político-teológico y militar-teológico. Otro tanto hay que decir de Bizancio y más tarde del Patriarca de Moscú. No hace falta, pensamos, exponer ahora la historia asesina del protestantismo una vez asegurado el poder de la alianza entre príncipes y burguesía ascendente, es decir, su conversión en otro fundamentalismo práctico. De igual modo, la vigente contrarreforma fundamentalista vaticana es profundamente reaccionaria y antidemocrática.

Cuatro, mientras que el fundamentalismo cristiano, en base a su unidad reaccionaria, dió nuevas legitimidades al imperialismo, las luchas de respuestas aun siendo derrotadas o integradas en los poderes establecidos aumentaron la legitimidad de las crecientes luchas de liberación nacional y social, incluso en el caso japonés ya que su victoria en 1905 sobre el zarismo destrozó el mito de la imbatibilidad occidental e incrementó sobremanera el orgullo pan asiático.

La práctica histórica del fundamentalismo cristiano nos exige enriquecer el concepto de imperialismo, que lo aplicamos exclusivamente al período histórico posterior a la fase colonialista del Capital. Pero, en realidad, desde una perspectiva histórica más prolongada, debemos entender por imperialismo el conjunto de agresiones estratégicas y globales en beneficio de un poder opresor. Podemos así entender más científicamente, por ejemplo, la tarea del cristianismo en el imperialismo de Carlomagno contra los sajones; en el de la Orden Teutónica contra los eslavos del centro y norte europeo; en el de las cruzadas en Oriente Próximo y Medio, etc. Nada de esto ocurre en los fundamentalismos de respuesta. Tocamos así un problema teórico apenas investigado aún y al que nos hemos referido anteriormente: el de las relaciones del militarismo con la teología. También aquí hemos de decir que en nada se parece la tarea y contenido de clase del fundamentalismo cristiano con los fundamentalismos de respuesta.

Ahora bien, esas innegables diferencias no pueden ni deben ocultar una identidad de fondo: todos fueron movimientos religiosos al margen del carácter profético -cristianismo e islamismo- o sapiencial -budismo, sintoísmo, confucianismo y taoísmo- de cada uno de ellos. Ninguno fue un movimiento laico y secular, y mucho menos ateo y consecuentemente materialista. Es decir, todos tienen dos bloques de características comunes: la identidad religiosa centrada en cinco mandamientos esenciales a todos ellos y la identidad de motivación esencial al responder a otras cinco situaciones de crisis de sus fundamentos últimos.

Es esa identidad la que le impele a defender en la práctica una misma filosofía sobre la existencia humana y por tanto, un mismo criterio anticientífico sobre el potencial emancipador del conocimiento. Y de aquí surge, al final, la natural tendencia de todas ellas a reaccionar en base al autoritarismo fundamentalista, aunque en un principio unas se defendieran de otras.

Pero no podemos pasar por alto una aplastante experiencia histórica: las diferencias significativas, aun siendo todas ellas religiones, que existen en su interior con respecto a dos bloques de prácticas: uno, el formado por el contenido contradictorio interno de lo utópico, mesiánico y liberador, y otro, muy unido a este por su génesis, la representatividad contradictoria interclasista o preclasista de cada religión. Ambos tienen una gran importancia a la hora de comprender los diversos comportamientos y en el momento de pasar de una definición general del fundamentalismo a su verificación concreta. En realidad se trata del

problema de la debilidad de cada religión o grupo de religiones para resolver transitoriamente la dialéctica de lo esencial y de lo fenoménico. Hablamos de debilidad o si se quiere de incapacidad, que no de capacidad o fuerza para lograrlo. Una de las causas del fundamentalismo es precisamente esa debilidad interna y consustancial a toda religión. De entre todas las que hemos citado, la cristiana es la más débil y por ello la más brutal e inhumana.

Son las religiones proféticas las que más arrastran esa debilidad y las sapienciales, aun siendo religiones, las sobrellevan mejor. Ello es debido a que las sapienciales apenas han generado componentes utópicos, milenaristas y mesiánicos en su interior ya que provienen de sociedades en las que la división de clases no estaba tan agudizada.

Aunque con diferencias en la evolución social, las sociedades de la India, China y Japón, no habían avanzado tanto en la escisión clasista como la sociedad judía, la greco-romana y las sociedades del Oriente que construyeron la dogmática islámica. Resumiendo: Las religiones proféticas -judaísmo incluido- nacieron en momentos de profunda e irreconciliables escisión clasista mientras que las sapienciales en sociedades divididas en castas o con poca división clasista.

Las tensiones clasistas escinden y refuerzan al judaísmo, cristianismo e islamismo. Se trata de un proceso contradictorio de construcción social, cargado de presiones e intereses y que va dejando un rastro sangriento tras la marcha de las discusiones teológicas. En el budismo, confucianismo, taoísmo y sintoísmo lo que sucede por lo general es una pugna entre religiones pues cada una de ellas es representante de un bloque social, aunque también una clara ingerencia de los poderes políticos como fuerzas fundantes del dogma. El caso mixto del hinduismo es revelador. Las luchas intermitentes a cuatro bandas -cristianismo, islamismo, hinduismo y budismo- que nos retrotraen a períodos ya vistos y a posteriores a la independencia de la India y la partición de Pakistán y Bangla Desh, son una muestra del potencial movilizador de una religión mixta en un contexto cargado de toda serie de contradicciones materiales y simbólicas.

Concedemos extrema importancia teórica a las cuestiones que hemos tocado y en el último capítulo dedicado al fundamentalismo como tal y a la libertad humana, volveremos sobre ellas extensa e intensamente.

Ahora vamos a acabar este capítulo explicando la tesis según la cual el fundamentalismo es una ruptura específica y única de la dialéctica entre lo esencial y lo fenoménico. Lo expuesto hasta ahora nos sirve de soporte ejemplarizador y el capítulo inmediatamente posterior, el 2º, será una aplicación de lo teórico a la evolución del cristianismo.

FUNDAMENTO E INTEGRIDAD

Hemos visto cómo el fundamentalismo cristiano, en cuanto definición moderna que no en cuanto práctica histórica, aparece en un momento especialmente crudo para esa religión. En ese momento sus tres corrientes más importantes optan por reafirmar los "fundamentos" frente a las innovaciones y mantener su "integridad". Y aquí surge el problema: ¿cuáles son esos "fundamentos" y cual su "integridad"? Más aún: ¿cual es la filosofía del fundamentalismo como sistema de reafirmación del dogma? O si se quiere expresarlo de otro modo ¿se puede hablar de un método fundamentalista? De ser cierto ¿qué relación guarda con el método científico el método fundamentalista? Es aquí donde se rompe la dialéctica entre la esencia y el fenómeno.

Se rompe porque el cristianismo, como cualquier religión, tiene un criterio definidor del "fundamento" y de la "integridad" que no resiste los embates de la realidad siempre cambiante.

Para el cristianismo los "fundamentos" están en la Biblia. Pero este libro tiene tantas lecturas e interpretaciones como lectores e intérpretes existan; es tan discutible como se quiera su "integridad" que de ahí la necesidad de un dogma comúnmente aceptado. Los católicos y ortodoxos lo tienen fijado mediante sus iglesias respectivas; los protestantes los fijaron en cinco "principios" expuestos en los 15 volúmenes de "Los fundamentos". Pero ese dogma envejece y se vuelve incomprensible para las nuevas generaciones. Hay que readecuarlo periódicamente. Cada corriente cristiana tiene sus métodos burocráticos para hacerlo. Pero siempre hay problemas y discusiones en su actualización. Todo cambio social amenaza a su "integridad".

La historia enseña y confirma que en esos momentos son los poderes políticos y económicos terrenales, que no celestiales, los que dictan e imponen la actualización. Dedicamos todo el capítulo siguiente a demostrarlo así que ahora no nos extendemos. Los problemas surgen del hecho muy simple de que esa nueva fundamentación es siempre dogmática, se remite a una concepción trascendente e incognoscible científicamente.

Siempre debe recurrir al principio de fe en vez de al principio de la razón suficiente. Explicamos esto pues es el secreto del problema que tratamos.

Fundamento viene de fundamental que es sinónimo de primordial, básico, elemental, vital, esencial. En la aceptación normal fundamento quiere decir origen, principio y raíz en que estriba y tiene su mayor fuerza una cosa no material. En la aceptación científica quiere decir condición necesaria, que constituye la premisa de la existencia de ciertos efectos, y que sirve de explicación de los mismos. Al aparecer lo de condición necesaria se corta de raíz toda posibilidad de derivación religiosa, trascendente; se exige la demostración del fundamento. Fundamentar una tesis sobre una cosa es descubrir y dar a conocer lo básico, lo elemental y esencial de esa cosa. Ello obliga a su vez a descubrir y dar a conocer sus cambios, las formas diversas que adquiere en y con esos cambios. Lograrlo requiere de un mínimo imprescindible de proposiciones notoriamente verdaderas de las que se desprende lógicamente la tesis defendida. Durante este proceso debe estar activo siempre el principio de las relaciones entre lo esencial, lo elemental la cosa y sus formas externas, la envoltura o piel que tiene.

El "fundamentalismo" surge cuando se rompe esa dialéctica y se quiere mantener el fundamento a cualquier precio. Surge cuando se niega el movimiento y la contradicción, y cuando se busca por cualquier medio reinstaurar algo tenido como eterno, inamovible, estático y fijo de por siempre y para siempre. Los idealistas no lo consigan nunca, pero lo intentan siempre. Es esa obsesión, permanentemente negada por la realidad histórica y la ciencia, la que constituye el método fundamentalista: rechazar el movimiento y afirmar la quietud; rechazar el cambio y afirmar lo permanente. El método fundamentalista es inherente a la religión misma, a cualquiera. El método fundamentalista es el método de la metafísica religiosa.

Precisamente, la evolución actual de la ciencia asesta un golpe aún más demoledor a la pretensión de quietud e inmovilidad del fundamentalismo. Frente a lo estático se impone lo dinámico. Frente a lo parcial, lo global. Frente a lo simple, lo complejo. Frente a lo unidireccional, lo multidireccional. Frente al orden, el caos, y el caos como emergencia de un orden sintéticamente superior. El movimiento, la lógica de las contradicciones y de los cambios cualitativos, de la emergencia de nuevos procesos, se imponen bajo la presión de los avances en nuevos paradigmas. Una ontología sistémica que define lo real como totalidad de procesos fluidos e interrelacionados. Una complementariedad que nace de lo sistémico y de la superioridad del todo frente a las partes para replantear la caducidad definitiva de lo aislado y estático. Una reafirmación de la creatividad crítica del pensamiento en vez de la pesada palabrería de los principios dogmáticos. Una comprensión lúcida de la tendencia al orden de los

procesos abiertos, en vez de aquél determinismo pesimista de la inicial interpretación cerrada de la entropía, de la segunda ley de la Termodinámica. Una concepción sinérgica y emergente, no-lineal. La sinergia contra el fundamentalismo. La creatividad vivificante de la no-linealidad contra la mecánica apatía de la linealidad.

En resumen, el método científico reafirma las viejas tesis precientíficas de la filosofía materialista, del ateísmo, de la dialéctica y de la visión holista de la naturaleza. Los avances científicos actualizan la dialéctica del azar y de la necesidad, de la contingencia y de la causalidad, como fuerza activa en los procesos emergentes, abiertos y complejos. Para entender semejante globalidad rica y amplia, debemos superar las limitaciones de la lógica formal y ampliar el poder de la lógica dialéctica. También actualizan, como hemos dicho, la dialéctica de la parte y del todo, de lo sistémico y de lo parcial unido a ello, de los cambios que sufre la totalidad, la cualidad, cuando se transforma lo parcial, la cantidad: son momentos y situaciones de criticidad emergente. Aparece lo nuevo que conserva y supera lo viejo.

Y es ahora, cuando los nuevos paradigmas de la ciencia cuestionan definitivamente lo estático, cuando comprendemos la incapacidad del concepto tradicional de integrismo. Integro, según lo tradicional, es aquello a lo que no falta ninguna de sus partes. Integrar es componer el todo con sus partes integrantes. Y las partes integrantes son, formalmente, muchas más que las esenciales, es decir, un edificio tiene, formalmente unas partes esenciales, cimientos y estructuras, sin las cuales se hundiría automáticamente, pero tiene además partes integrantes que no son formalmente esenciales pero que componen el edificio completo tal cual lo diseñó el arquitecto.

Ahora bien, si a un edificio le quitamos las ventanas y le abrimos troneras, entonces ya no será una casa habitable sino un fortín en el que es muy duro vivir en condiciones normales. La cómoda habitabilidad de un edificio ha dado paso a una incomoda existencia en un fortín. Ya no es lo mismo: lo íntegro se ha transformado porque sus partes han variado. Los integristas dicen que además de los dogmas fundamentales hay que mantener todas las cosas restantes tal cual las diseñó el arquitecto en su origen. Por ejemplo, en el catolicismo los integristas son quienes defienden la misa en latín. Dicen que suprimiendo el latín se suprime no lo esencial pero sí partes importantes de la liturgia. Los integristas están, pues, cogidos en una trampa insalvable: la realidad se transforma y cambia, lo íntegro se adapta a esas metamorfosis y sobre todo, cambia o se diversifica mediante mutaciones: los procesos abiertos, complejos y no-lineales, que dialectizan el caos y orden, llegan a momentos críticos de bifurcación, de saltos cualitativos hacia entidades de mayor complejidad. Lo íntegro se desintegra y de entre las mil partículas se forman nuevas y superiores integridades. Es la flecha del tiempo. Pero los integristas rechazan todo ello e insisten en la obligada inmutabilidad del modelo inicial.

Tal obstinación fanática de oposición a todo cambio multiplica las probabilidades de "irse por las nubes", de perderse en razones innecesarias, en argumentos carentes de sustentación histórica, material y contrastable. Peligro tanto mayor cuanto más se olvida o desprecia el rigor científico y más se ensalza y dogmatiza la "razón revelada", la voluntad divina. La ruptura entre lo básico y lo superficial, lo elemental y lo accesorio se produce cuando se extrae de la historia y de sus cambios a lo que se define esencial convirtiéndolo en "fundamento inamovible", "verdad eterna". Frente a la "verdad" sólo cabe el "error": contra los "fundamentos" maquinan las "herejías", "desviaciones" y "modernismos" que deben ser expurgados.

Se ha roto la dialéctica causa y efecto, básico y superficial, contenido y continente, esencia y fenómeno. Se ha roto así uno de los procesos definitorios del conocimiento científico. El "fundamentalismo" y el "integrismo" son intento de parón, estancamiento y voluntad de vuelta al pasado, de hacer retroceder el tiempo, de parar la historia. Sin embargo el pasado se analiza desde el presente por lo que es el presente el que interpreta el pasado.

El "fundamentalismo" y el "integrismo" están cogidos en una contradicción irresoluble: quieren asegurar lo "esencial eterno" sin tener en cuenta el transcurso del tiempo, los cambios irreversibles, la imposibilidad objetiva de reinstaurar el pasado. Y ese intento ha de hacerlo siempre, indefectiblemente, desde, con y para criterios e intereses temporales. Y quien domina el presente tiene más posibilidades para interpretar el pasado. Por ello el poder se yergue como el elemento que define en cada época qué es fundamental o no.

Esta es la razón de que tanto dentro del fundamentalismo cristiano como de los fundamentalismos de respuesta, defensivos, existan serias tensiones internas. Ambos están marcados y condicionados inevitablemente por las contradicciones clasistas, patriarcales y etnonacionales existentes en su momento. Tal determinación es más aguda en las religiones proféticas que en las sapienciales, pero está presente en todas ellas. Este cúmulo de contradicciones, dificultades y problemas siempre nuevos a los que se enfrenta el fundamentalismo encuentra una solución relativa y transitoria mediante los procesos periódicos de redogmatización. Todas las contradicciones se concentran en esos momentos. Y es en ellos cuando la lucha entre corrientes internas dentro del fundamentalismo y de éste contra tendencias reformistas o revolucionarias externas, adquiere su máxima dureza.

Todas las religiones han vivido y viven momentos así. Precisamente son esos momentos los que más cruda y descarnadamente muestran que el fundamento del fundamentalismo radica en el poder.

EL PODER COMO FUNDAMENTO

El repaso histórico que vamos a hacer es "fundamental" para comprender el presente, las características internas de los diversos fundamentalismos contemporáneos y su identidad de fondo, última enfrentada a las libertades humanas.

NOTA SOBRE EL "PODER"

Nos es imposible profundizar aquí en lo que entendemos por "poder" en general y sus formas contrarias de manifestación. Por falta de espacio vamos a dar una breve definición de "poder" en relación con el fundamentalismo y con las religiones que le sostienen.

En este caso limitado y concreto, entendemos por "poder" el conjunto de instrumentos materiales y simbólicos por los que una minoría dominante puede lograr tres cosas: una, mantener y aumentar su riqueza; dos, interpretar los dogmas religiosos y desarrollar nuevos fundamentos dogmáticos y último, tres, imponerlos a la mayoría marginando las interpretaciones de esa mayoría.

Como se aprecia, de inmediato aparece el dinero, el verdadero dios. Lo ocurre es que en cada época histórica ese dios, ese dinero, se ha manifestado ante la especie humana con una faz diferente. Se trata de rastrear esas diversas envolturas hasta encontrar su contenido interno. Ello nos exige un triple esfuerzo que no podemos hacer ahora: uno, definir el equivalente universal como momento simbólico-material de ruptura de la unidad individuo-colectivo debido a

las fuerzas centrífugas inherentes a la transformación de la abstracción-intercambio en abstracción-mercancía, es decir, el hundimiento en la alienación como mercancía y la irracional alternativa ilusoria e idealista como salida y salvación; dos, concretar este momento alienador en el contexto socio histórico para descubrir la concreta inversión ideológica realizada y saber definir la conexión estructural entre inversión ideológica y poder de clase y último, tercero, descubrir las contradicciones internas, resistencias y luchas, movimientos contestatarios que obligan al poder simbólico-material a readecuar el dogma mediante otro esfuerzo fundamentalista. El poder en general, y sus manifestaciones concretas, aparecería así como fuerza consciente, pero dentro de la falsa conciencia necesaria, en la producción social de alienaciones.

Una vez descubierto sabremos más científicamente qué es el fundamentalismo e incluso podremos aventurar algunas posibles tendencias evolutivas a medio plazo. Haremos un rastreo cronológico empezando por las religiones más antiguas ciñéndonos únicamente a las surgidas en sociedades clasistas y de castas sociales ya muy escindidas. Romperemos la línea cronológica en el caso del cristianismo, que será analizado en último lugar.

HINDUISMO

Las tribus dravídicas, aborígenes de los valles del Indo y Ganges, tenazmente a las invasiones arias. Incluso derrotadas y ocupadas sus tierras natales, mantuvieron sus religiones y culturas propias. En un principio, entre los siglos XV-X adne, los arios fueron inferiores culturalmente aunque superiores militarmente. Tal superioridad permitió a los arios apropiarse de partes mayores del excedente de modo que, entre los siglos VII-V adne y tras el proceso de sedentarización, la sociedad resultante estaba claramente separada y escindida en castas sociales, que cumplían la función de las clases sociales.

El hinduismo se formó a lo largo de este proceso de invasión, expoliación de la tierra y explotación y opresión. Inicialmente ambos grandes bloques etnonacionales enfrentados mantuvieron sus claras diferencias religioso-culturales, pero gradualmente el emergente poder fue dando cuerpo al hinduismo. Este sancionó religiosamente la estratificación de castas en cuatro niveles. El más importante y alto, la casta dominante, correspondía a los brahmanes. Después venían los guerreros y administradores políticos. Luego estaban los comerciantes, agricultores y artesanos. Por último, los parias, los impuros, los esclavos, los mendigos.

Las tres primeras castas eran de origen ario y el hinduismo sancionaba su superioridad. La cuarta casta estaba formada por la mayoría de la población y eran los descendientes de las tribus aborígenes prearias. Los brahmanes eran los depositarios del saber y del conocimiento, de los ritos políticos-religiosos y estaban unidos por estrechos intereses materiales y consanguíneos a los príncipes, militares, administradores, campesinos, comerciantes y artesanos. En el siglo V adne el hinduismo se unifica en el "Código de Manú" cuando empiezan a formarse dos corrientes opositoras: el budismo y el jainismo.

El hinduismo no tuvo apenas necesidad de reformar sus dogmas mientras se mantuvo la estabilidad de dominación. Pero a partir del siglo IV adne tuvo que cambiar para resistir la fuerza de ambas nuevas religiones, especialmente del budismo. Tuvo que popularizarse, acercarse más al pueblo y a las nuevas realidades sociales. Amplió la espectacularidad de su liturgia y tendió a reducir su abigarrado panteón ante las presiones budistas y luego islamistas. Más tarde, el occidentalismo le supuso nuevas exigencias de adecuación de sus fundamentos: siempre buscando mantener su capacidad de implantación político-religiosa en beneficio del poder de las castas dominantes.

BUDISMO

El jainismo y el budismo fueron respuestas críticas al hinduismo. No nos extenderemos sobre el primero. Sobre el segundo hay que decir que apareció embrionariamente en el siglo VI adne pero que no tomó cuerpo ni consistencia teológica hasta el siglo III adne. Durante ese tiempo y en especial en los siglos V-IV adne estuvo recorrido por no menos de diecisiete corrientes y seis sectas diferentes fundadas por "maestros" que se suponen contemporáneos de Buda.

Tal complejidad fue debida a que en realidad el budismo originario era una alternativa al hinduismo de sectores sociales ricos y bien establecidos. Sectores nacidos al amparo del desarrollo económico que comprendían que el hinduismo estaba perdiendo capacidad de implantación en las cada vez más amplias castas oprimidas. También comprendía que el hinduismo no podía responder a las filosofías ateas y materialistas en auge. El budismo tenía miedo a la violencia de las masas y defendía la propiedad pese a sus críticas al sistema. De hecho el poder nunca le persiguió.

Es más, en el siglo III adne cambió el contexto sociopolítico, económico y militar formándose un poder imperial, el mauriano, que tuvo necesidad de una centralización religiosa más adecuada que la hinduista. El emperador Azoka fue el verdadero creador del budismo no sólo al elevarlo al rango de credo oficial sino al codificar las múltiples tradiciones sobre Buda y escribirlas en placas de piedras colocadas en caminos, pueblos y templos. Para entonces los templos budistas eran ya centros económicos y religiosos altamente degenerados.

La integración del budismo en la lógica del poder le supuso una lucha claramente fundamentalista: el núcleo ortodoxo recluido en los monasterios insistía en mantener el dogma budista mientras que la mayoría pretendía suavizarlo, hacerlo más comprensible y abierto a otras capas sociales y culturas religiosas. El primer núcleo se llamó 'hinayana' o "camino estrecho" y el segundo 'mahayana' o "camino ancho". La lucha fue muy dura entre ambas corrientes.

La minoritaria tenía la fuerza de la tradición y el poder económico; la mayoritaria contaba con su poder de atracción. La solución vino no del debate teológico sino de los intereses de poder. La corriente "renovadora" se impuso a la "fundamentalista" porque el rey Kanishka comprendió que los "modernistas" tenían más implantación de masas. Este rey controló lo decisivo del concilio de Cachemira que dio la victoria a la corriente 'mahayana'.

CONFUCIANISMO

La evolución religiosa china es con mucho la que mejor refleja la esencial y directa conexión del fundamentalismo con el poder. Sus tres componentes decisivos -confucianismo, taoísmo y budismo chino- tienen una diáfana relación con el poder: tanto que es una relación directa y oficial aunque una tras otra todas las revueltas campesinas se reclamasen de corrientes heréticas taoístas y sobre todo budistas. Recordemos en este sentido la impresionante experiencia histórica de la secta secreta del Loto Blanco ya fuerte en el siglo XII dne y muy activa en las revueltas campesinas de final del XIX y de los bóxeres de comienzos del XX. Por contra, la fusión de las tres religiones con el poder era visible hasta en la indumentaria de los chinos ricos: sombrero confuciano, túnica taoísta y sandalias budistas.

K'ong fu tseu o Confucio recopiló las corrientes conservadoras que buscaban poner orden en el caos de la China del siglo V adne. Sintetizó una enorme masa de ritos creando uno único que

fusionó con el culto a los antepasados familiares y al poder estatal. Integró en él a dioses y demonios, pero supeditados al rigor del credo dirigido casi exclusivamente al poder: burócratas estatales e imperiales, ancianos jefes de linaje y centros de poder regional. Pero los cambios sociales y las presiones del taoísmo obligaron a los confucianos a un debate fundamentalista siglo y medio después: el "renovador" era Meng Mencio que suavizó muchos ritos ampliando así las bases.

Paralelamente las corrientes que no estaban de acuerdo con Confucio se agruparon alrededor del pequeño libro 'Tao te-king', de Lao Tsé. Los taoístas ortodoxos vivían en reclusión y aislamiento en monasterios apartados. Bien pronto surgieron núcleos más abiertos pero no revolucionarios. Absorbieron a los sacerdotes y samanes de viejas religiones locales convirtiéndose en serios competidores del confucianismo y del taoísmo, ortodoxos. Muy pocos de ellos crearon sociedades secretas como la de La Vía de la Gran Paz que fue exterminada por el poder confuciano-taoísta dominante tras la sublevación campesina de 175 dñe.

A partir del siglo I dñe se introdujo en China el budismo 'mahayana' con el apoyo del poder establecido y de ahí su expansión entre sectores urbanos, comerciantes, artesanos e intelectuales que no encontraban respuestas en el confucianismo y taoísmo. Para el siglo IV ya se había formado la secta 'Maitreya' que criticaba a los otros budistas su inmovilismo y apoyo al poder. Entre el 477 y el 535 se sucedieron cinco revoluciones encabezadas por esa secta que quemaron los templos budistas ortodoxos. Todas ellas fueron aplastadas con brutalidad por la alianza del poder con las tres religiones oficiales.

Las tres religiones fueron instrumentos del imperio variando su utilización según las necesidades y contradicciones sociales. Cada una jugaba un papel preciso, tenía un bloque de clases al que representar y del que sacaba fuerzas y legitimidad. Pero se centralizaban alrededor del poder imperial y éste era su fundamento y razón de existencia.

JUDAÍSMO

El monoteísmo fue una construcción del poder hebreo que comenzó con la centralización monoteísta del rey Josías en el 621 adñe. Se trataba de la tercera etapa del judaísmo. La primera fue 1.500 adñe cuando las tribus eran nómadas del norte de Arabia. Es la etapa de la religión clánica politeísta fuertemente influenciada por otras religiones más evolucionadas, incluso es posible que el nombre de Yahvé, que apareció al final de esta etapa, no fuera judío.

La segunda etapa comenzó con la sedentarización tras la conquista de Palestina. Durante la guerra se mantuvo la antigua religión siendo el llamado "período de los jueces", pero con las riquezas de la conquista aparecieron las clases sociales, la pobreza se acentuó y las nuevas clases ricas aceptaron ritos y costumbres cananeas: el dios Baal. La opresión y la miseria fueron el caldo de cultivo ya en el siglo IX adñe pero sobre todo en el VIII adñe de los llamados "profetas" que denunciaban la corrupción y traición religiosa. No eran sacerdotes oficiales sino miembros del pueblo que reivindicaban la reinstauración de los fundamentos religiosos históricos.

La tercera fase comenzó al ser patente la debilidad judía ante Estados circundantes muy superiores. Josías mandó escribir el 'Deuteronomio' para fortalecer la unidad política, lo cual no impidió la ocupación asiria en el 586 adñe y el cautiverio hasta el 538 adñe. La vuelta del cautiverio no trajo la independencia nacional sino la dominación persa que instauró en Judea un poder delegado en manos de la minoría rica político-religiosa en detrimento de las masas. Entonces se revisaron, censuraron, borraron y rescribieron los libros primeros de la Biblia.

Es en este siglo V adne cuando se oficializa el estricto monoteísmo judío tal cual aparece en el 'Pentateuco'. Artajerjes I nombró delegado suyo a Nehemías en 445-433 adne. Con permiso persa, reconstruyó las murallas de Jerusalén, prohibió los matrimonios de judíos con extranjeros, endureció el culto y expurgó los restos politeístas clánicos, pero no prohibió las ideas religiosas babilónicas que penetraron en la Biblia y de ella pasaron al cristianismo y al islamismo.

Comenzó entonces la cuarta fase, la de la diáspora. Controlado férreamente el poder interno político-religioso por la clase dominante que aceptaba a los sucesivos invasores extranjeros, cundió el desánimo y aumentó la emigración. La diáspora es la marcha de emigrantes por hambre o exiliados políticos. En Judea el poder político-religioso ayudaba al ocupante a reprimir revueltas y luchas de liberación nacional. Por fin la guerra dirigida por los macabeos en 165-142 adne logró la independencia y la mantuvo hasta la invasión romana en el 63 adne.

En el siglo I dne existían cuatro grandes partidos: saduceos, que eran conservadores; fariseos, reformistas y ortodoxos en religión; esenios, místicos y ascetas que esperaban en sus grutas la liberación pacífica y celotes, organización armada de mayoría campesina que se enfrentaba a Roma. Hubo muchas luchas y choques locales hasta estallar dos grandes guerras de liberación: la del 66-70 dne y la del 132-135 dne. En ambas las clases dominantes judías optaron por los invasores y utilizaron religión oficial como fuerza desmovilizadora. Venció Roma.

ISLAMISMO

Mahoma elaboró su credo religioso en dos grandes fases: la primera pero no definitiva en La Meca y la definitiva y segunda en Medina. En la primera ofrece un credo abierto y dialogante; en la segunda todo lo contrario: cerrado y violento. Esta contradicción es manifiesta en el Corán y tiene su origen en las agudas diferencias socioeconómicas y de clase entre ambas urbes. Además, integró cuatro religiones anteriores: politeísmo tribal árabe; judaísmo; zoroastrismo y cristianismo. El estricto monoteísmo proviene de la fase de Medina, ciudad en la que el poder socioeconómico estaba más centralizado que en La Meca y en la que existían centros judíos y cristianos.

Mahoma no dejó nada escrito por él mismo y existen datos fundados para pensar que era analfabeto. En el 632 dne, fecha de su muerte, no había un texto codificado del Corán que se creó como tal "libro sagrado" en los años 644-656 dne cuando el califa Otmán mandó compilar todos los dichos atribuidos a Mahoma, seleccionarlos y escribirlos; después se destruyeron los no escogidos. Abd-al ibn Masud, contemporáneo de Mahoma, denunció la desaparición de críticas del profeta a las clases dominantes. El propio califa Otmán, y todos los Omeyas de Siria, era denunciado por Abu Zarr por su vida contraria al Corán que él mismo había mandado compilar.

El Corán no tiene estructura lógica interna ni orden cronológico. Sus a la igualdad social y a la caridad, son muy pocos y abstractos. Insiste en la lucha contra el fraude en pesos y medidas, en apoyo a los grandes comerciantes. También es conservadora su crítica a la usura y al acaparamiento. Por eso el Corán es interpretado de muchas formas, casi todas legitimadoras del poder establecido. Sobre todo del patriarcado. El Islam recogió la misoginia de las religiones anteriores. Elevó la virilidad al máximo por necesidades militares: Mahoma prohibió la tradición de matar a las niñas recién nacidas "sobrantes". Las pérdidas de guerra las palió santificando la poligamia masculina. Permitió a las mujeres heredar sólo la mitad de lo de los hombres.

El Islam nació envuelto en sangre. Mahoma era vengativo y cruel. Desde el principio se libró una guerra contra tribus y ciudades resistentes al islamismo. Los primeros califas, Abu Bekr y Omar, eran más estrategas militares que políticos y maestros religiosos. Las guerras giraban alrededor de los derechos nacionales y religiosos de los pueblos pero también, simbolizando todo ello, en su rechazo al diezmo o 'zakat' islámico en beneficio de La Meca y Medina y al "ejército de Alá" con el fruto del saqueo y del botín de guerra. Sin embargo, eran tales y tan duras las condiciones de explotación en imperios como el bizantino, persa y visigodo, que los musulmanes encontraron bastantes facilidades de penetración y muchos aliados sinceros.

Al poco de la muerte de Mahoma empezaron las disensiones internas por motivos de corrupción. La primera ruptura que culminó en una guerra se dió en vida de Otman. Las masas árabes empobrecidas se unieron a los que criticaban al califa su forma de vida y a quienes aseguraban que había manipulado la redacción del Corán en beneficio de los ricos. El movimiento contestatario pidió la sustitución de Otman por Alí, primo y yerno de Mahoma y devoto cumplidor de su credo. El grupo primero y principal de sus seguidores se llamaron 'jarichies' y al poco surgió una rama interna llamada chiíes.

La guerra se libró en 656-661 y acabó con la muerte de Alí renaciendo luchas esporádicas hasta el estallido de la gran revuelta del 744-750, exterminada por el terror. Los 'jarichies' supervivientes se dividieron en dos tendencias opuestas, una pacifista y mística y otra resistente y reivindicativa. Mientras los 'chiíes' se organizaron por su parte desbordando "por la izquierda" a los 'jarichies'. Estalló la guerra en 680 siendo vencidos y su líder Husayn muerto. Pero los poderes ortodoxos no pudieron exterminar al 'chiismo'.

CRISTIANISMO

Digamos dos cosas: una, aunque hay dudas razonables sobre la existencia histórica de Jesús el Cristo, no es éste un tema que ahora nos interese y otra, que sí nos interesa, es muy poca, por no decir nula, la credibilidad histórica que se debe dar a los "textos sagrados" del cristianismo. Ninguna religión se sustenta sobre tamaño cúmulo de mentiras, falsificaciones y mitos como lo hace el cristianismo.

El primer texto cristiano data del año 68 y es el Apocalipsis. Originariamente el cristianismo fue una secta hebrea que tomó fuerza fuera de Judea, sobre todo en Asia Menor y Egipto y en menor medida cuantitativa aunque sí con tremendas consecuencias cualitativas en el área cultural helénica. El cristianismo no estuvo presente y por tanto no pudo jugar ningún papel en las guerras de liberación nacional judía.

El cristianismo tuvo un largo período de formación pues empieza en la mitad del siglo I y acaba en el V con el triunfo del dogma cristológico en el Concilio de Calcedonia. A lo largo de estos 400 años sufrió tres etapas de desarrollo.

La primera etapa es la más breve pues se prolonga un poco más que el siglo I. En ella el cristianismo es una secta que espera el inminente fin del mundo, la llegada del salvador y la instauración del reino en la Tierra según se narra con pelos y detalles en el Apocalipsis, que es un libro de odio y venganza, pero de espera e inactividad escatológica mientras feroces luchas de liberación nacional judía, malestar y protestas esclavas en Roma e Italia, luchas de clases dentro de Roma, guerras de resistencia étnica o "nacional" a las legiones romana, etc., tienen lugar en muchas partes.

La segunda etapa aparece a comienzos del siglo II y crece con la estabilización de Roma a mediados del siglo. Para entonces se habían escrito ya los textos atribuidos a Pablo, muy pocos son suyos y los suyos tienen interpolaciones y traducciones sectarias. A partir de la mitad del siglo se escriben los evangelios, muy contradictorios entre sí, los Hechos de los apóstoles y algunas epístolas colectivas. Para final del siglo se constata la entrada creciente de personas ricas, de las clases dominantes, cultas y formadas en la filosofía platónica. Especial importancia tuvo Filón de Alejandría, que abrió la puerta a la helenización platónica del judaísmo.

Cuatro procesos estrechamente unidos a la posterior fundamentación dogmática del cristianismo marcan la etapa: abandono de la inminencia escatológica, del mesianismo justiciero pero pasivo e integración acelerada en el orden político establecido; impresionante sectarización de los cristianos de esa época a pesar del esfuerzo unificador; victoria de las corrientes antihebreas y aparición del mito de Judas como traidor a Jesús, que se introduce en los evangelios y último, incontenible y aceptada impregnación de múltiples religiones politeístas en los entonces núcleos fundamentales pero aún no dogmáticos del cristianismo.

La tercera y definitiva etapa va del comienzo del siglo III hasta el comienzo del siglo IV, como fase de ascenso en la escala de poder, y concluye con la fundamentación del dogma cristiano realizada en el Concilio de Calcedonia del año 451. Es entonces cuando el cristianismo adquiere su fundamento dogmático y su definitiva aleación con el poder establecido. Aun y todo así, nunca serán resueltos los problemas que ya entonces quedaron irresueltos.

El comienzo del siglo III asiste al aumento incontenible del misticismo, corrientes orientalistas, esotéricas, neopitagóricas y neoplatónicas. El cristianismo estaba en mejores condiciones que otras religiones para aceptar e integrar esas modas gracias a su estado embrionario, muy difuso e impreciso. Pero también al fortalecimiento de tres de las cuatro características ya desarrolladas en la etapa anterior, pues la segunda, la multisectarización, daría paso a la ultracentralización. Se ha sobredimensionado en extremo la tradición de las persecuciones de cristianos, aunque existieron, si bien todo indica que los arrepentimientos y escaqueos fueron considerables mientras que los mártires menos de lo creído.

Para inicios del siglo IV el cristianismo era una fuerza influyente aunque no de masas. Una fuerza con mayor arraigo dentro de los poderes estatales que sociales, especialmente dentro del ejército pues el cristianismo supo asimilar casi toda la liturgia dedicada a Mitra, dios muy similar al mito entonces vigente de Jesús. Mitra contaba con amplios seguidores dentro de la oficialidad legionaria. En la guerra civil entre Constantino y Majencio, ambos dirigentes intentaron atraer a su bando a los cristianos sabedores de su fuerza en el ejército y Estado. Constantino fue más astuto y jugó mejor sus cartas. Tras la derrota de Majencio en el 312, Constantino no tardó mucho en devolver al favor al cristianismo. El edicto que lleva su nombre se redactó en el 313.

No nos importan ahora las críticas y dudas a su veracidad histórica. Sí nos importa la permanente ayuda de Constantino a la Iglesia cristiana. El emperador, que oficialmente seguía siendo un dios para la religión tradicional romana apareciendo así en sus monedas, intervino dictatorialmente en el Concilio de Nicea del 325 para imponer la tesis oficial que coincidía con los intereses del Estado. Este Concilio es decisivo en la fundamentación dogmática del cristianismo, pero aún así no derrotó definitivamente a otras sectas cristianas, la arriana en especial, y tampoco elevó su prestigio filosófico y ético-moral entre los paganos. Por eso el Estado dictó severas represiones antipaganas entre las que destacan las de los años 341, 346 y 356.

El fundamentalismo cristiano se construyó mediante una doble guerra de exterminio: al exterior, contra el saber pagano y al interior, contra corrientes cristianas que no aceptaban las tesis

provenientes de la alianza de la iglesia de Roma con el Imperio romano. La violencia y la muerte fueron más decisivas en ambas que el debate y la razón.

Externamente, al principio y con las enseñanzas de Filón de Alejandría, quiso integrar al paganismo. Justiniano, Clemente de Alejandría, Orígenes, san Agustín lo intentaron. Al fracasar se recurrió a la represión. Se destruyeron la inmensa mayoría de los textos de Celso, Juliano, Porfirio, Libiano, Cecilio, Luciano de Samosata, y Simmaja no discutía por miedo. Se destruyeron bibliotecas, liceos y centros de estudios y los templos quemados, transformados en iglesias o almacenes. Se asesinó a matemáticos y sabios, como Ipatias. Las ideas paganas se conservan sólo por las citas parciales recogidas en las críticas cristianas. Leyéndolas vemos su innegable actualidad y permanencia histórica.

Internamente la lucha por la fundamentación dogmática se libró mediante guerras, presiones, amenazas y palizas, dentro mismo de las reuniones conciliares, destierros y persecuciones. No debe sorprendernos: el emperador Constantino, santificado y equiparado a los apóstoles, era un criminal sin escrúpulos que asesinó a familiares suyos.

Si en el Concilio de Nicea del 325 la amenaza imperial fue decisiva, en el de Éfeso del año 431 Cirilo de Alejandría llevó a un grupo de monjes para "convencer" a los disconformes. Pocos después, en el de Éfeso del 449 Dióscoro llevó otro grupo al mando de Varsuna "convenciendo" a los obispos que firmasen un papiro en blanco. Dióscoro pateó en la sala al principal oponente, Flaviano, que además fue apaleado. Pese a todo, la lucha continuaba y en el 451 el Concilio de Calcedonia fue un permanente acto de presión, chantaje, corrupción y compra-venta de votos. Cuando se reza el "Credo" se reza algo impuesto suciamente. Aun así, los perdedores tuvieron que ser machacados en una guerra feroz que se extendió por Egipto, Palestina, Siria...

El fundamentalismo cristiano sólo fue admitido como tal después de recibir el visto bueno de los poderes de clase establecidos. Constantino sancionó las decisiones de Nicea. Teodosio I las de Constantinopla del 381. Teodosio II las de Éfeso del 341. Marciano las de Calcedonia del 451. Justiniano las de Constantinopla del 553. Constantino Pogonatos las de Constantinopla de 680...La historia posterior del catolicismo, culto ortodoxo, anglicanismo y protestantismo, por citar los más conocidos, sólo se comprende en cuanto componentes internos de las pugnas entre poderes de clase existentes en sus momentos.

No hace falta extendernos sobre la impresionante lista de papas, patriarcas, obispos anglicanos y predicadores protestantes que durante siglos han defendido a muerte la fusión del poder terrenal con el celestial. El fundamentalismo cristiano nació, creció y se reprodujo gracias al poder del dinero y al dinero del poder. Los otros fundamentalismos religiosos no han alcanzado ese grado espeluznante de fusión consciente con los poderes establecidos, aunque también lo han hecho.

Se habla mucho de la Santa Inquisición pero olvidamos los inmensos sufrimientos humanos causados por la evangelización forzada de continentes enteros, el apoyo al tráfico de esclavos, al colonialismo e imperialismo, al oscurantismo irracional, al nazi-fascismo y franquismo, a la guerra fría y al anticomunismo fanático, a las dictaduras militares latinoamericanas, a las "democracias" occidentales, al patriarcado... Criticamos con razón a Juan Pablo II y denunciamos el asesinato interno de Juan Pablo I, pero no decimos nada de las organizaciones y sectas contrarrevolucionarias protestantes pagadas por la CIA. ¿Para qué seguir? Dios se condena a sí mismo. ¿Y la Teología de la Liberación? Hablaremos de ella en el último capítulo.

IDENTIDADES

El fundamentalismo es uno al margen de sus diversas expresiones. Nos hemos limitado a una muy breve descripción de sus principales manifestaciones históricas. Podemos ahora extraer cinco grandes constantes o puntos de identidad.

El fundamentalismo ha surgido en el proceso de unificación de las religiones. Estas se han formado por sedimentación de religiones y cultos más reducidos, locales o regionales, incapaces de responder a lo nuevo. Tiene importancia este origen complejo y diversificado ya que luego, en las luchas por mantener los fundamentos o readecuarlos, aparecen, reviven de manera nueva según las necesidades del presente esas diversas raíces. Ello obliga al poder que quiere asegurar los fundamentos bien a tener en cuenta esos pasados, bien a rechazarlos. Ambas alternativas traen considerables problemas. Podrá ocultarlos durante un tiempo, pero volverán a aparecer y siempre con nuevas formas que ocultan un problema histórico irresuelto e irresoluble.

El fundamentalismo aparece cuando la fracción hegemónica de la religión, tras fusionarse con el poder de clase establecido, define el dogma. Son diferentes los procesos por los que una fracción se hace hegemónica, lo decisivo es que llega el momento en el que todas han de dar el paso. Es condición previa a la elaboración de los fundamentos, el que una fracción logre la hegemonía sobre las demás. Por lo general se consigue fusionándose con los sectores más poderosos del Estado y de las clases dominantes. Una vez asegurada la posición de privilegio y poder, esa fracción dicta el dogma. El tiempo que tarda en hacerlo, las dificultades y vaivenes que se dan, etc., depende de que cada contexto políticoreligioso, pero ese paso está dado. Más incluso, si por las razones que fueran, el salto cualitativo no se diera nunca, la religión entraría en una lenta o rápida descomposición multisectaria.

El fundamentalismo no logra empero su absoluto éxito. Tendrá que pasar todavía una serie de exámenes prácticos resueltos siempre con violencia, fuerza del poder y miedo. Tiene que sufrir ese bautismo por dos razones: una, porque siempre hay sectores disidentes, mesiánicos o progresistas que no aceptan el tremendo giro a la derecha, o también sectores que se han aliado con otros poderes y fracciones de clase. Por muy fundamentado que esté el dogma siempre hay vacíos irrellenables, conceptos difusos y polisémicos que requieren interpretación permanente. Otra, porque además, por debajo de esos enfrentamientos, perviven los diferentes orígenes religiosos, costumbristas, clasistas y etnonacionales, que han confluído en la religión y que han tenido que ceder mucho o poco en el proceso de fundamentación dogmática. De modo que cuando se agudiza el descontento social, emergen al exterior.

El fundamentalismo, superada esa primera crisis de infancia, empero no encuentra la paz perpetua. Puede mantenerla durante un cierto tiempo según las circunstancias, pero tarde o temprano reaparecerán viejas disputas con nuevas formas o, en momentos críticos, graves escisiones. Estas nacen en momentos de tránsito de un modo de producción a otro, cuando toda la estructura material de la religión se demuestra superada por la realidad y consiguientemente su estructura ideal, pese a su autonomía relativa, queda también envejecida. Cada religión tiene sus formas de salir de la crisis. Alguna, como el cristianismo, produce ramas nuevas que se distancian mucho del tronco inicial, pero que son mucho más rentables para las nuevas clases dominantes, como los casos del anglicanismo y protestantismo.

El fundamentalismo, por último, tiene una identidad de género y una supremacía lingüístico-cultural. La primera es determinante, diciéndolo con redundancia: fundamental. El patriarcado ha sido siempre una de las instancias centrales en la dogmatización religiosa. Al margen de sus formas de expresión en cada dogma religioso, el patriarcado ha sabido y podido mantener su poder e incluso incrementarlo abandonando viejas religiones y aceptando otras nuevas. Ha

podido y puede conceder algunos "derechos" a las mujeres, pero siempre relativos al contexto social y a la dinámica objetiva y subjetiva de explotación. También la supremacía lingüístico-cultural ha ido unida a los procesos de fundamentación.

Cuando se han dado en un marco uninacional, han beneficiado claramente a la cultura de la clase dominante. Cuando se han dado en un marco plurinacional han beneficiado a una nación sobre otras. Las religiones proféticas han sido más opresoras nacionalmente que las sapienciales aunque también éstas veces brutales.

FUNDAMENTALISMO CRISTIANO

De todos los fundamentalismos, los cristianos han sido los más perniciosos porque han sido uno de los elementos básicos que han formado el cemento ideológico del modo de producción capitalista, y antes del feudalismo y de la readecuación de la última fase del esclavismo, aunque no podemos analizar las relaciones del esclavismo y feudalismo con el modo de producción tributario. Precisamente, el salto que supuso la irrupción de la mentalidad burguesa y las modernizaciones dogmáticas correspondientes introducidas por el protestantismo, tiene mucho que ver con la distancia existente entre la cosmovisión centrada en el tributo y la centrada en la venta de la fuerza de trabajo: el esfuerzo fundamentalista tridentino estaba destinado a salvar lo básico de la primera cosmovisión, de la que dependía el monopolio del poder por parte de Roma.

Hemos dicho al comienzo que el cristianismo, como unidad dogmática esencial común a todas sus variables, está más predispuesto al autoritarismo fundamentalista precisamente por su naturaleza interna, que las otras religiones. Dejando las sapienciales y ciñéndonos a las proféticas, la diferencia del cristianismo con respecto al judaísmo e islamismo nace de dos causas interrelacionadas: una, que el cristianismo, en contra de lo que se dice, lleva a un nivel más alto el contenido de odio vengativo del Yahvé del Antiguo Testamento y otra, que el cristianismo polariza en la mítica figura de Cristo, que no tanto de Jesús -la diferencia es importante- la totalidad de lagunas, vacíos, contradicciones lógico-históricas y trampas y falsedades insostenibles que han surgido en su proceso social de construcción.

El judaísmo puede descargar sus incongruencias en una larga lista de profetas y patriarcas, en una compleja red de explicaciones que incluyen la salida de emergencia del misterio cabalístico y de la libre reinterpretación de los libros. El Islam exculpa a Mahoma de la totalidad de sus incongruencias y las carga inmediatamente en un Alá dotado de todos los atributos del dios cristiano, pero con la ventaja de que, por ser dios y no hombre, a diferencia de la segunda persona de la Trinidad cristiana, está libre de toda contaminación carnal. Puede así recurrir siempre a la fe y a las libres interpretaciones que hacen las diversas escuelas teológicas.

Por desgracia para él, el cristianismo carece de refugios irracionales tan sólidos ante la crítica racional. Al contrario, su mismo galimatías y desorden teológico, son muestras de una debilidad de fondo que le obliga a una permanente reafirmación. De ahí al fundamentalismo sólo hay un trecho muy corto. Un trecho tan corto como el existente entre el Cristo crucificado por nuestros pecados y la tortura que aplica la Inquisición a un cristiano para salvarlo.

La natural e ineluctable predisposición al fundamentalismo que tiene el cristiano, proviene, como hemos dicho, de esas dos causas:

Una, el Cristo crucificado es la integración simbólica en el dogma de las tradiciones anteriores de sacrificios humanos y de canibalismo práctico y ritual. La sangre y la carne, el cuerpo real, físico y palpitable de los sacrificios humanos y del canibalismo, se transforma por el misterio de la transustanciación del Cuerpo de Cristo. El dolor atroz e insufrible de la víctima, su descuartizamiento en vida, que son actos necesarios para la expiación de las culpas humanas y la obtención del perdón de los dioses, ofendidos y enfadados, se ubica en el cuerpo divino-humano de Cristo mediante su crucifixión. El sacramento de la eucaristía, el ágape gozoso de los cristianos que se comen a su dios hombre víctima, no solamente les une entre ellos, en comunión, sino a la vez le ata al dios-padre por cuanto éste ha sacrificado a su hijo, dios hombre, para que mediante el sagrado canibalismo se cierren para siempre los peligros del pecado. Se hace un pacto de sangre y de carne. El alimento sagrado introduce en el cristiano una cadena eterna que le ata a su dios.

Pero como la parte humana del dios es débil, pues él mismo ha implorado en el Gólgota, ha suplicado al dios-padre que le libre del tormento sacrificial, mucho más débiles, infinitamente débiles son las criaturas humana. Y por ello, para evitar la permanente recurrencia del pecado, el sacrificio se refuerza y recuerda con el primer mandamiento: amarás a dios sobre todas las cosas. No existe pues opción alguna, libertad de rechazo o duda: amar es un mandamiento porque el humano es débil y olvida con facilidad que ha comido la carne y ha bebido la sangre de su dios. Si la segunda persona de la Trinidad no fuera dios-hombre, sino sólo dios, estos problemas no existirían, pero entonces no existiría tampoco Trinidad, y el cristianismo ha sido construido socialmente como un sincretismo de otras religiones incapaces de responder a las necesidades de una nueva alienación funcional a la fase última del esclavismo; un sincretismo en el que el misterio de la Santísima Trinidad -irracional donde los haya- es básico para sostener el enclenque andamiaje alienador en la fase de descomposición del Imperio Romano.

Cuando el amor es un deber impuesto por mandamiento, una obligación que de no cumplirse acarrea un pecado mortal, entonces, por su misma lógica, el poder monopolizador del dogma tiene no sólo derecho a advertir al pecador, sino obligación de salvarlo de la condenación eterna. Al fin y al cabo, Cristo se inmoló en el sacrificio humano, dando su cuerpo como alimento de redención. Y si él lo hizo, los cristianos también tienen sus obligaciones. De inmediato, pues, nace la justificación del control, de la censura, de la inquisición, de los mecanismos de mantenimiento del dogma frente al pecado. Y en determinados momentos críticos, esa débil frontera se cruza para dar paso al fundamentalismo de turno. En realidad, el primer acto fundamentalista del cristianismo fue la crucifixión de Cristo.

Pero el problema se agrava con la segunda causa de la ineluctabilidad fundamentalista cristiana: el desconocimiento de quién, qué y cómo es Jesús el Cristo. Personalmente, soy de los que piensan que es bastante complicado sostener la historicidad concreta de Jesús como individuo real. Pienso que si se le aplican las exigencias de rigor metodológico exigibles a su época, resulta cuando menos problemático asegurar al cien por cien su concreta y real historicidad individual, aunque tampoco se puede, en base a los conocimientos actuales, sostener lo contrario, es decir, que no existiera en absoluto. Tal vez los papiros de Qumram pudieran demostrar la existencia histórica de Jesús, pero hasta ahora, que yo sepa, no se ha encontrado ningún texto que lo cite. Para acabar la digresión, por demás secundaria en estos momentos, diré que, para mí, la hipótesis más plausible es que los Jesús que conocemos partieron de un Jesús mítico construido en base a referencias contradictorias, parciales y borrosas de varios sujetos históricos y reales que se destacaron en aquellos tensos tiempos, que dejaron diversas improntas y recuerdos y que, bajo la presión de los acontecimientos y las dificultades de compilación contrastable, más la necesidad social del poder, confluyeron en la imagen primera, paulina, de Jesús, después de ser filtrados y depurados por cedazos sucesivos.

Confluyeron en la imagen primera, paulina, de Jesús, después de ser filtrados y depurados por cedazos sucesivos. Pero incluso esta imagen, recogida en el Credo de los Apóstoles tal cual se oficializó en Calcedonia, es contradictoria consigo misma y falsa con respecto a la realidad histórica del momento en el que se supone vivió Jesús. De hecho, las innegables diferencias entre los evangelistas sugieren que éstos debieron escoger entre tradiciones diversas, optar por algunas abandonando otras. La fuerte presión de religiones que nada tenían que ver con el judaísmo así como el desconocimiento de la lengua que debió hablar Jesús, condicionaron desde el principio la selección, traducción y ensamblaje dentro de un corpus religioso aún abierto, echando por la borda otras versiones y recuerdos de hechos pasado. Mas como al poco tiempo se inició la depuración de las tesis que no convenían para la confluencia del cristianismo con el poder romano, se aceleró así la dinámica de construcción desde el poder conjunto del dogma definitivo.

Quedaron así sin respuesta -no la podían tener, tampoco- interrogantes graves que una y otra vez reaparecerían como siniestros y diabólicos movimientos contestatarios: ¿qué dijo realmente Jesús sobre la riqueza? ¿Qué significa eso de al César lo que es del César y a dios lo que es de dios? ¿Y la espada de Pedro y eso de que quien a hierro mata, a hierro muere? ¿Era dios o no? ¿Por qué imploró en el Gólgota si era dios? ¿Era judío o galileo? ¿Profetizó la inmediata llegada del Reino o no? ¿Por qué entonces no se cumplían sus profecías? ¿No era el Mesías redentor y justiciero? ¿Por qué no repetía la Iglesia el milagro de los panes y de los peces? ¿Por qué no curaba la Iglesia a los tullidos, enfermos y ciegos? ¿Acaso la Iglesia no había sido instaurada por Jesús? ¿Era la Virgen una diosa? Estas y otras muchas interrogantes, que fueron la causa directa de miles y miles de perseguidos, represaliados y muertos en tortura o en guerra contra herejes, nos llevan a dos cuestiones: una, no sabremos nunca quién y como era Jesús, al margen de si realmente existió y otra, que desde luego, no fue como lo presentan las Iglesias y poderes político religiosos.

Intuimos los puntos centrales de choque entre el Jesús que pudo existir y el Jesús oficial. Pero basta esa simple intuición, o si se quiere borroso y difuso conocimiento, para sembrar la discordia, ansiedad e inquietud en las Iglesias dominantes. La endeblez e inseguridad de fondo del dogma hace que una simple duda tambalee todo el montaje. Se ha presentado la historia de Roma, y de la teología, como la de una sólida roca que resiste impávida todos los envites de las fuerzas del mal. No es cierto. La historia de Roma es la historia de la permanente intervención de fuerzas político-militares y económicas en defensa de la débil teología. Frente al peligro de la duda razonada, la fuerza del acero.

ANTECEDENTES

Hemos visto cómo en el cristianismo del siglo V el culto a dios era el culto al poder. No podemos hacer aquí siquiera una breve enumeración de los sucesivos pasos mediante los cuales el cristianismo fue soldándose más y más internamente con el poder en general y con sus formas concretas. Existe abundante y rigurosa bibliografía sobre las relaciones entre Roma y el imperio carolingio -la tarea histórica de Carlomagno en extender con la espada el culto a la cruz, dejando tras sí decenas de miles de muertos- y el sacro imperio romano-germánico. Otro tanto podemos decir del imperio bizantino y de la Iglesia ortodoxa. Vamos a referirnos sólo a los momentos realmente decisivos en los que el cristianismo, en cualquiera de sus corrientes, ha tenido que fortalecer, reafirmar o transformar sus fundamentos dogmáticos siempre en su esencial aleación con el poder de clase, patriarcal y etnonacional dominante.

PRECAPITALISTA

El primero fue el de las llamadas "cruzadas" que va del 1074 al 1291. Durante este tiempo, dentro del cristianismo y de la sociedad feudal se dieron cambios irreversibles. El fundamentalismo actuó hacia el exterior y hacia el interior pero la figura central en su modernización fueron Alberto el Grande y especialmente, Tomás de Aquino (1225?-1274). Desde la perspectiva teórico-crítica de este texto, lo que más nos interesa de la tarea de ambos teólogos, además de la 'Summa Theologica', obra central aun hoy en el fundamentalismo cristiano al margen de sus corrientes, del segundo, sino sus significativas aproximaciones a una especie del "ley del valor", es decir, a comprender la dinámica económica en un momento en el que el dinero empezaba otra vez a enseñorearse de la sociedad.

Este esfuerzo no resultaría baldío a pesar de que durante años y años la doctrina oficial de Roma siguiese condenando la usura. La importancia del acercamiento de Alberto el Grande y Tomás de Aquino a una especie de ley del valor de la fuerza de trabajo, radica en que plantó la semilla para que posteriormente pudieran darse dos adaptaciones del dogma cristiano a las necesidades de la burguesía en ascenso: la primera, el movimiento reformista llamado protestantismo, que en realidad es mucho más amplio y complejo, y la segunda, bastante más tardía, la aceptación definitiva del capitalismo por Roma. De cualquier modo, llama la atención que el renacimiento teológico cristiano se diera gracias a la recuperación y reinterpretación de Aristóteles que también había avanzado sorprendentes ideas sobre la escabrosa cuestión del valor de la fuerza de trabajo humana.

Debiéramos remontarnos ahora, siquiera con brevedad, a lo anteriormente sobre la esencial imbricación del cristianismo con la lógica del beneficio de la economía dineraria, y a la vez, tras pasar por las tesis de Weber sobre las relaciones del capitalismo con la ética protestante, en el actual esfuerzo legitimador del neoliberalismo no sólo como práctica estrictamente económica, sino ético-moral. También tendríamos que introducir en esa reflexión el rechazo vergonzante de la Teología de la Liberación de la crítica marxista de la economía capitalista, pues nos haría comprender una de las impotencias genéticas del cristianismo: al rechazar la dialéctica materialista, atea militante, no puede comprender la crítica marxista de la economía burguesa, lo que le lleva a optar por la reacción o a moverse en el inseguro suelo de la ambigüedad, como le sucede a la Teología de la Liberación.

Ocurre que, en contra de lo que se dice, el cristianismo defiende antes la propiedad privada que la propiedad colectiva. No es casualidad, ni mucho menos, que precisamente fuera en esta fase precapitalista, es decir, anterior a su irrupción definitiva en el siglo XVII, cuando se decretasen en Europa dos feroces cruzadas de exterminio de sendas herejías que, indirectamente la primera y más decididamente la segunda, cuestionaban la propiedad privada según se expresaban entonces. Me estoy refiriendo a la lucha contra los albigenses o cataros justo en vida de Tomás de Aquino -Montsegur fue arrasado en 1244- y la posterior cruzada contra los husitas. Roma, y el resto de poderes, comprendieron que además de reivindicaciones de clase, etno-culturales y de género, también palpitaban reivindicaciones que cuestionaban la forma que entonces adquiriría la propiedad privada. No se puede negar las repercusiones de tal contexto en la evolución teológica.

El segundo fue el de la ruptura dentro del cristiano occidental, ya antes se había escindido el cristianismo oriental con la consiguiente pugna fundamentalista. En realidad, esta segunda fase dura desde el inicio del Renacimiento hasta el Tratado de Westfalia de 1648 teniendo diversas subfases que no podemos detallar. Lo que marca a esta fase es la aparición de una corriente cristiana especialmente apta y funcional para la expansión histórica capitalista a escala mundial. Dos son los grandes bloques de poder fundamentalistas enfrentados: el católico que se

reorganizó y contraatacó con el largo Concilio de Trento, y el que podemos englobar dentro del término "protestante".

Hay tres características comunes a ambos fundamentalismos: una, persecución de las masas oprimidas una vez afianzados en el poder. Los protestantes, fueran luteranos, calvinistas o anglicanos-metodistas de Cromwell, no dudaron ni un instante en depurar sus ejércitos y destrozaron las organizaciones campesinas y artesanas. Dos, sobre todo los luteranos y calvinistas, persecución o tolerancia vigilante, en el caso inglés, de los avances científicos y la mentalidad laica, agnóstica, atea y materialista que ya despuntaban en los albores del siglo XVII y último; tres, apoyo legitimador al genocidio colonialista, con verdadero fervor cristiano y evangelizador capaz de palidecer el de las cruzadas matamoros.

CAPITALISTA

El tercero fue el ya analizado en el capítulo 1º, en el que históricamente aparece el término de "fundamentalismo". Cada una de las corrientes cristianas tuvo su evolución particular. La que a nosotros nos atañe, la católica, empezó en 1871 cuando con la independencia y unificación de Italia desapareció el Estado Vaticano. Un esfuerzo sistemático de refundamentación dogmática que tuvo sus ejes en cuatro puntos: dogma de la Virginidad de María; dogma de la infalibilidad papal; persecución del "modernismo" y condena del comunismo con la aceptación del capitalismo reformado con la "doctrina social" católica. La estrategia de Roma hasta los años sesenta de este siglo, con el pontificado de Juan XXIII, aun sufriendo cambios contradictorios a nivel táctico, se caracterizó por dos constantes: una, abrirse progresivamente al poder de EEUU y en especial al de su banca y otra, total enfrentamiento al comunismo variando los apoyos tácticos a las diversas fuerzas capitalistas según los vaivenes del momento.

El cuarto y último momento de ofensiva fundamentalista es el actual. Cada corriente cristiana sigue ritmos propios pero se unifican en una gran ofensiva destinada a salvaguardar tres objetivos: uno, la supremacía de la "civilización occidental"; dos, el control de la actual revolución tecnocientífica y de sus consecuencias materiales, sociales, políticas, filosóficas y epistemológicas y último, tres, preparar las condiciones que determinarán los próximos problemas religiosos como resultado del caos civilizacional mundial. Las crecientes reuniones entre teólogos de las tres corrientes para ver cómo acortar y reducir distancias buscan eso. Ciertamente es que en otras épocas también se han mantenido encuentros similares, pero ahora es más fuerte la consciencia de concretar siquiera algunos puntos de unión más sólidos.

En el caso católico, este cuarto momento empezó prácticamente al poco de acabar el Concilio Vaticano II. Es sabido que el hamletiano e indeciso Paulo VI no pudo ni tampoco se atrevió del todo a detener la creciente marea restauracionista interna. Las fuerzas que perdieron el Concilio Vaticano II ganaron poco a poco fuerza y poder gracias, sobre todo, a las directas presiones de EEUU y el imperialismo en su conjunto. Tras la muerte de Paulo VI en 1978, esas fuerzas no vieron con agrado a su sucesor, Juan Pablo I, y "alguien" dentro del Vaticano lo envenenó a los 33 días de su nombramiento. El escándalo por su repentina muerte y la cantidad de irregularidades, sospechas muy fundadas y rumores nunca desmentidos, pudo que haber sido demoledor para Roma de no haber funcionado una especie de "conjura del silencio" de la prensa internacional que primero desvió el tema y luego lo silenció.

Juan Pablo II fue elegido en octubre de 1978, el primero no italiano desde 1523. Sus tres fundamentales decisiones en el primer año de su pontificado beneficiaban en directo a EEUU: en enero de 1979 viajó a América Latina y en el mensaje de Puebla mandó a los católicos que desistiesen de cualquier colaboración con las luchas revolucionarias y progresistas. En junio de

1979 viajó a su Polonia natal iniciando lo que luego sería ingerencia permanente en la crisis incontenible del stalinismo y por último, el octubre de ese año, tras un rápido paso por Irlanda, visitó EEUU en un viaje que tuvo tres niveles: uno de loas y bendiciones a ese país, sin criticar nunca su política interna y externa; otro de condena implacable de las tímidas reformas católicas y especialmente en las que atañía a la mujer, y un tercero celosamente secreto.

A la vuelta del país del dólar, tras descansar, convocó un Consistorio en el Vaticano al que tenían que acudir obligatoriamente todos los cardenales del mundo, incluidos los de más de 80 años a quienes Paulo VI había retirado el derecho de voto en los cónclaves. Era la primera vez en la historia de las Iglesias en su conjunto en la se convocaba un Consistorio estando vivo el Papa. La prensa mundial especulaba con rumores de todas clases. Reunido el Consistorio el 4 de noviembre de 1979, doce meses y medio después de su nombramiento, Juan Pablo II les habló de una supuesta crisis financiera del Vaticano y de la necesidad de recuperar su economía. De hecho se trataba de pedir ayudas a las potencias capitalistas y en concreto a EEUU.

Desde finales de la II Guerra Mundial las "ayudas económicas" yankis al Vaticano habían sido enormes y periódicas, generalmente en silencio porque las iglesias protestantes yankis no las veían bien. Truman, el presidente bajo cuyo mandato se inició la Guerra Fría en 1948, pretendió que EEUU tuviera embajador oficial en Roma y muy estrechas relaciones políticas con el Vaticano, pero la resistencia interna le impidió lograrlo del todo. Pese a ello, los servicios de información del Vaticano -de los mejores del mundo- empezaron a colaborar íntimamente con la CIA. Se sabe que ya en 1942 Roma enviaba al Pentágono información secreta de extrema importancia sobre frentes de guerra tan lejanos como el japonés. Tan profundas relaciones permitían a Juan Pablo II pedir más "ayuda". El precio a pagar estaba pactado.

La historia reciente del catolicismo es ya conocida en sus trazos más gordos y además ahora no podemos extendernos en un análisis detallado de la verdadera contrarreforma fundamentalista destinada a borrar los restos del Concilio Vaticano II. Sintéticamente podemos resumirla en cuatro puntos: uno, una inmensa corrupción político-económica interna, con intervención de la Mafia, logias fascistas, gran banca, prensa. Dos, apoyo a la Guerra Fría y a su segunda fase iniciada por Reagan y tras 1990, apoyo al "Nuevo Orden Mundial" de Bush y a la "civilización occidental". Tres, retroceso al más oscurantista e irracional dogma tridentino: infierno, pena de muerte, milagros, beatificaciones y santificaciones, condenas del "modernismo", denuncias a la "ciencia deshumanizada", etc. Cuatro, obsesiva y ultrarreaccionaria defensa del patriarcado, condena de los derechos de la mujer, persecución de la libre y consciente sexualidad y maternidad, etc.

CONSTANTES

El fundamentalismo cristiano tiene todas las identidades del fundamentalismo religioso anteriormente descritas, pero además tiene características propias, exclusivas sólo de él que no aparecen en los otros. Lo que diferencia al fundamentalismo cristiano de los restantes es su esencia occidental.

El cristianismo es el instrumento por excelencia de la penetración y expansión del capitalismo a escala mundial incluso sin dominar oficial y masivamente en las zonas donde arrasaba el capitalismo. Por ejemplo, el cristianismo no era la religión dominante en la India destrozada por el colonialismo inglés, pero sin embargo Inglaterra usó internamente de ese fundamentalismo para argumentarse a sí misma su "misión civilizadora". Todo el colonialismo e imperialismo se

incluye en este ejemplo esclarecedor, por no recurrir a la "tarea civilizadora" del imperio español en América Latina.

Incluso cuando la expansión por Asia Oriental del imperialismo japonés cimentado simbólicamente en el sintoísmo y panasiatismo, el fundamentalismo cristiano sirvió como legitimador de las resistencias proaliadas de países tan importantes como Filipinas, aunque su mayor papel fue la legitimación civilizatoria dada a la contraofensiva de EEUU. El colonialismo e imperialismo capitalista siempre ha sabido "convencer" a las corrientes cristianas para que se presentasen como portadoras de civilización y progreso. La experiencia de las "encomiendas" jesuitas en Paraguay, de las experiencias milenaristas protestantes y socialistas utópicas cristianas en EEUU, de las sectas protestantes en Centro y Sudáfrica, de los centros rusos ortodoxos en Siberia, son ejemplos de una forma muy precisa procapitalista y prooccidental de evangelizar independientemente de la corriente cristiana. No hace falta extendernos en el comportamiento actual.

Además de esta especificidad única, el fundamentalismo cristiano ha unas constantes que le han recorrido al margen de sus divisiones internas. Visto varias a lo largo de estas páginas: patriarcalismo, reaccionarismo de clase, condenas o precauciones represivas ante la ciencia. Es vedad que el protestantismo supuso una racionalización del dogma según las necesidades de las ya asentadas burguesías, y que ese esfuerzo fue parte del desarrollo general de los valores progresistas burgueses. Pero cuando esa clase tuvo la necesidad de reprimir a los campesinos, artesanos y obreros, masas populares y coloniales, no dudó en aplicar una violencia fundamentalista tanto o más atroz que la católica.

Esta es una constante del fundamentalismo cristiano: la primacía del interés de clase por encima de los intereses abstractos. Otra es que todas sus tendencias críticas internas, en especial en el catolicismo, mantienen siempre un núcleo esencialmente dictatorial en el sentido del dogma cristiano de "salvación" y de la escatología. Veremos este asunto en el último capítulo al analizar la Teología de la Liberación.

El fundamentalismo cristiano ha tenido una aplicación sistemática en y mediante el imperialismo yanqui. Vamos a recorrer con cierto detalle la política exterior de EEUU haciendo especial hincapié en sus consecuencias sobre los pueblos musulmanes y árabes. Conociendo la responsabilidad histórica de la santa alianza entre el fundamentalismo cristiano y el imperialismo yanqui comprenderemos el resurgimiento del fundamentalismo de respuesta árabe-musulmán.

CRISTO, DÓLAR Y CORAN

MEMORIA HISTÓRICA

La perspectiva occidentalista que determina nuestra comprensión de las actividades de otras civilizaciones, culturas y regiones del planeta, es la responsable del profundo desconocimiento que tenemos sobre la memoria histórica activa de muchos pueblos sistemáticamente aplastados por el expansionismo occidental y cristiano. Una constelación de tópicos racistas, de autocomplacencia occidental y de desprecio teñido de caridad cristiana, han hecho que los occidentales seamos incapaces de entender la personalidad colectiva de esos pueblos. Existen

infinidad de ejemplos que demuestran esa prepotencia occidental. Sin embargo, las resistencias que opusieron y oponen esas culturas a la penetración occidental desbordó con mucho lo previsto por los estrategas y políticos blancos. Incluso en el aspecto militar estricto, son muchas y terribles las derrotas de los ejércitos occidentales causadas por el engreimiento, la chulería y el desprecio hacia la capacidad de resistencia de esos "pueblos atrasados".

La irrupción del colonialismo occidental en los países musulmanes y árabes comenzó de manera de ofensiva sistemática a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Se ha dicho que la revolución militar que tuvo lugar a partir del siglo XVI en el norte de Europa, no demostró sus tremendas potencialidades hasta que, en el siglo XVIII, se comenzó a destrozarse las fortalezas, ejércitos y escuadras de los Estados e imperios islámicos del medio y lejano oriente. Antes hubo expediciones parciales, intentos de establecer asentamientos aislados, y antes incluso, una áspera lucha defensiva centroeuropea y mediterránea contra el imperio otomano que llegó a su punto álgido en el siglo XVI con continuidades en el XVII. Las plazas militares españolas, portuguesas, francesas e inglesas no respondían a un plan estratégico de penetración imparable como el que se inició más tarde.

Sin embargo, las masas árabes, del norte de África y del Próximo Oriente y en menor medida en la Turquía corazón del Imperio Otomano, guardaban profundos recuerdos de las agresiones cristianas. Una de las causas de la fuerza inicial del islamismo fue la larga historia de luchas defensivas de las tribus y ciudades árabes a las pretensiones de la Bizancio cristiana. Entre los siglos IV y VI dñe toda la zona de Arabia que de inmediato sería la cuna del islamismo se vio envuelta en una serie de pugnas, tensiones y guerras en las que una coalición de poderes autóctonos entre los que había cristianos heterodoxos, se enfrentaban a los poderes delegados y representantes de Bizancio.

Vino luego el impacto en la memoria histórica de las masas árabes producido por las brutalidades cristianas durante las cruzadas. Es sabida la masacre genocida que se produjo tras la conquista de Jerusalén en la primera cruzada. Después se sucederían otras muchas. Sembraron tanto terror que muchas ciudades eran abandonadas por sus habitantes ante la llegada de los cristianos o sin resistencia apenas, como la ciudad de Damietta, en la desembocadura del Nilo en verano de 1249. No olvidemos tampoco las leoninas condiciones económicas que querían imponer los cristianos en sus negociaciones comerciales y sus efectos sobre la riqueza y forma de vida árabe.

Por último, antes del estallido del fundamentalismo de respuesta de finales de la década de los ochenta de este siglo, tenemos el conjunto de respuestas armadas analizado en el cptº 1º, cuando desde mediados del siglo XIX comienzan a producirse movimientos de resistencia. Es claro que el malestar subyacente se acrecentó en la medida de la pervivencia de viejas heridas no curadas en la memoria histórica de las masas árabes.

La memoria histórica dormida puede despertarse en determinadas circunstancias y aunque una vez consciente no puede lograr la reinstauración del pasado, sí consigue construir una línea simbólica de continuidad entre el pasado y el presente que proyecta hacia el futuro ideales indefinidos, borrosos y ambiguos. Serán los poderes establecidos los que, en cada contexto, les den forma y precisen su contenido.

FUNDAMENTALISMO YANKI

EEUU ha tenido una estrategia exterior bastante uniforme y constante en la fijación de fines y medios. La uniformidad se ha mantenido por encima de los cambios de gobierno y de políticas

internas. Realmente, es algo común a imperialismos y colonialismos, pero es que el caso yanqui, además de ser el más coherente, ha sido el que más y mejor ha legitimado y unido su política exterior con una mentalidad interna adecuada, incluso cuando dominaba el aislacionismo en las masas norteamericanas.

Debemos hablar de un fundamentalismo yanqui: una mezcla de religión, racismo, consciente interés económico y fría disposición a utilizar la violencia cuando fuera necesario. EEUU siempre se ha dotado de un programa o credo justificador de sus tropelías y expoliaciones. No podemos por menos que citar la enconada lucha fundamentalista de grupos yanquis en algo tan básico como la teoría de la evolución de Darwin, como ejemplo de la fanática defensa de dogmas bíblicos. Lo grave es que esas corrientes reaccionarias tienen un poder apreciable en EEUU; un poder no religioso-cultural sino político, económico y militar. Es sabido que Ronald Reagan, candidato a la presidencia en 1980, dijo en declaraciones públicas que la teoría de la evolución y el mito creacionista, tenía el mismo status científico. Es sabido que él y su mujer son adictos a eso que llaman "ciencias ocultas": adivinación, quiromancia, tarot, y que, en realidad, también lo es una parte apreciable de la clase política norteamericana.

Queremos decir con esto que el imperialismo yanqui está profundamente soldado por una reaccionaria concepción del mundo, de la tarea de la religión cristiana-protestante en su devenir y del papel de EEUU en todo ello. Debemos conservar en la memoria un dato escalofriante: no fue hasta 1968 cuando su Tribunal Supremo declaró anticonstitucionales todas las leyes que prohibían enseñar la teoría evolucionista. La actual contraofensiva reaccionaria, el "pensamiento políticamente correcto", el intento de obligar a poner el crucifijo y a rezar en las escuelas, etc., son muestras de una involución fundamentalista que va pareja al llamado "Nuevo Orden Mundial" y a la programada apología internacional de las intervenciones militares occidentales. Aunque no tenemos espacio para detallar los intereses globales precisos en cada programa o credo fundamentalista yanqui, sí vamos a presentarlos sucintamente.

En la primera época se trataba de dominar Latinoamérica y el credo fue la Doctrina Monroe que oficialmente dice que "América para los americanos" pero es "América para la burguesía yanqui". Buscaba legitimar las presiones contra Inglaterra, Estados español y francés y en menor medida Rusia en Alaska. En 1918 Wilson lanzó el credo de la Liga de las Naciones. Asegurado el control de Latinoamérica se necesitaba una apariencia de no ingerencia abierta con imperialismos emergentes como el japonés y el alemán, a la vez que se boicoteaba a la URSS. En 1944 Roosevelt y Truman fundaron el credo de la ONU y de Bretton Woods mediante los cuales se legitimaba el férreo control anticomunista luego aumentado por Eisenhower. Kennedy reforzó el control de la ONU por EEUU con la "Alianza para el Progreso" que era una adecuación ante las resistencias del Movimiento de los No Alineados.

Tras la derrota de Vietnam, Carter instauró el dogma de la Santísima Trilateral en la que EEUU era el dios-padre. Reagan dio un paso más decidido al actualizar el histórico conservadurismo yanqui endureciendo su anticomunismo, su racismo y su occidentalismo a ultranza respondiendo a los intereses del complejo industrial-militar. Desaparecida la URSS Bush elevó a los altares al "Nuevo Orden Internacional" que fracasó casi de inmediato pero que sentó las bases para el actual "Contrato con América" de la derecha republicana que expresa el núcleo de los intereses del fundamentalismo yanqui.

Luego veremos cómo recorre a todos ellos una misma identidad eterna, esencia pura, omnipotente y omnisciente: el criterio occidental de "progreso" y "desarrollo".

HASTA 1945

Desde sus primeros orígenes como Estado independiente USA se caracteriza por cuatro constantes que luego reaparecerán una y otra vez: una, profundo sentido religioso interno y aunque el Estado no sea oficialmente confesional, en la práctica, la religión cristiana en su versión protestante tiene un peso fundamental; dos, desprecio racista de los pueblos y culturas no anglosajonas, no protestantes y no blancas, por este orden; tres, defensa a ultranza del libre comercio mundial definido siempre desde y para los "intereses nacionales" yankis; y cuatro, decidida voluntad de competir con los otros imperialismos por el control de las zonas del planeta todavía no colonizadas y cuando se hace preciso, penetrar, presionar y expulsar de esos territorios a los antiguos imperialismos.

Las cuatro características explican la importancia en la historia y en la economía de EEUU de dos elementos clásicos: las unidades militares de intervención en el exterior y el peso y papel crecientes de la tecnología militar en la economía y la política yankis. Al principio fue un ejército pequeño comparado con los europeos pero muy bien armado y organizado. Desde sus orígenes aquél ejército requería de una tecnología siempre a la vanguardia lo que exigía estrechas relaciones políticas con el complejo económico. Podemos comprender así que ya en 1806 el imperialismo yanqui atacara en dos frentes claves para determinar el desarrollo ulterior de los fundamentalismos de respuesta no occidentales: contra China en la "guerra del opio" y contra los berberiscos. Luego, sobre todo a partir de 1845, se multiplican sus agresiones imperialistas en especial en su autoproclamado "patio trasero" latino y centroamericano, aunque ya en 1854 choca con Japón abriendo una herida aun no cerrada, en 1889 con Filipinas y Hawaii, en 1899 con Guan y en 1900 con China.

Nos encontramos en este período con los factores históricos que con el correr del tiempo darán cuerpo a tres de los más famosos fundamentalismos de respuesta: uno, el de la Teología de la Liberación que nacerá en Latinoamérica como reacción a los efectos terribles del imperialismo yanqui y al colaboracionismo de la burocracia católica; dos, las bases germinales de las resistencias islámicas en el Mediterráneo, Filipinas y partes de Asia y tres, la reactivación del sintoísmo nipón como sostén ideológico del imperialismo japonés.

Sin embargo, hasta 1945 EEUU no dará el salto definitivo. Sí utiliza la Primera Guerra Mundial como trampolín expansionista, pero no con la intensidad y coherencia estratégica posterior a 1945. Una de las razones es que dominaba dentro de EEUU un considerable sentimiento aislacionista cara al exterior. Manipularlo y debilitarlo fue una de las obsesiones permanentes de los sucesivos gobiernos yankis. Uno de los métodos más efectivos para expandir el sentimiento explícitamente expansionista y agresivo fue y es el de azuzar el fundamentalismo de "pueblo elegido", de "reserva democrática de occidente", etc.

Un ejemplo de esa concepción totalitarista y excluyente lo tenemos en la condición impuesta por EEUU al Japón aplastado militarmente en enero de 1946 de que el emperador renegase públicamente de la naturaleza divina que le otorgaba y confería la religión oficial sintoísta nipona. El fundamentalismo yanqui triunfante no podía tolerar que Japón siguiera rindiendo culto religioso a su emperador. En realidad, esa imposición incalificable se sustenta en la tesis del desarrollismo defendida por EEUU en 1944 y asumida como eterna y objetiva por Bretton Woods y sus instituciones. Ciertamente que los cambios mundiales obligarán a añadirle adjetivos sucesivos: "desarrollo humano", "desarrollo sostenible", "desarrollo social", etc. Verdad es que en otros momentos el desarrollismo se despliega abiertamente como "progreso" capitalista, sobre todo en la célebre "Alianza para el Progreso" de los sesenta. Pero en el fondo se trata de lo mismo.

Queremos decir que ya en 1944 EEUU tenía un fundamentalismo ofensivo y agresor muy coherente que estructuraba al desarrollo de Bretton Woods, a la "Alianza para el Progreso", al "desarrollo sostenible", al "Nuevo Orden Mundial" y al muy reciente "desarrollo social" sancionado por la ONU oficialmente. El fundamentalismo cristiano-capitalista cambia de piel pero es el mismo. No nos deben extrañar, por tanto, el profundo rechazo de los fundamentalismos de respuesta a semejante concepción práctica totalitaria y absorbente.

HASTA 1973

En 1946 EEUU tiene bases militares y presencia política dominante en Marruecos, Túnez, Argelia, Libia y Egipto, es decir, en un área en la que actualmente el fundamentalismo de respuesta islámico tiene especial implantación. Pero todavía tiene sin perfilar su estrategia ulterior. Es Truman el que oficializa la línea ideada por G. F. Kenan de "contención del comunismo" y de "guerra fría".

Precisamente en 1946-1947 EEUU opta por integrar a Turquía en su esquema defensivo forzando, entre otras cosas, una rápida y desestructurante occidentalización del país. Meses después EEUU se lanza a "pactar" con multitud de regímenes y Estados árabes y musulmanes en Próximo y Extremo Oriente, como es el caso de Pakistán, Afganistán e Irán. Tenemos así el núcleo de lo que serán con los años tres de los focos más intensos de respuesta islámica al fundamentalismo cristiano-capitalista: Irán, Turquía y Pakistán. Conocemos la situación iraní y afgana; en Turquía se expande el islamismo como respuesta a la occidentalización forzosa tan destructiva y en Pakistán, tras las sangrientas guerras con la India hinduista, existe ahora una guerra a tres frentes entre islamistas, cristianos e hinduistas, que cada vez afecta más a los budistas.

La ofensiva fundamentalista occidental y cristiana se basó en el mito de la "democracia" y en las tesis del alemán-yanki Morgenthau que asentó en la visión yanki el sentido de la continuidad occidental, naturalmente guiada por EEUU. Morgenthau trazó la línea seguida desde Keenan hasta Kíssinger cambiada abruptamente por Reagan. Ideó el plan de ruralización y desindustrialización de la RFA, no aceptado por las mismas exigencias de la "guerra fría". Además de la presencia yanki estaba la de los debilitados imperialismo francés e inglés que prácticamente se hicieron agentes de EEUU en zonas como las colonias francesas y semicolonias de Marruecos y Túnez y el control de Siria, el control de Libia, los dominios y semidominios ingleses muy en especial el de Egipto, Sudán y Palestina, o la situación del Líbano. Todos ellos países de una complejidad social en aumento.

El fortalecimiento creciente de la URSS durante toda la década de los 50 y el ascenso de los procesos de liberación nacional y social, especialmente la victoria revolucionaria de China, unido a la caída en picado del imperialismo anglo-francés, fueron la excusa de EEUU para endurecer sus agresiones. Dos síntesis del período y con especial valía para el tema que tratamos, son el del nasserismo en Egipto y la histórica Conferencia de Bandung:

En 1952 se produce el golpe de Estado que derriba al rey Faruk I; en 1953 se proclama la república; en 1954 Nasser toma el poder y compra armas a Checoslovaquia; en 1956 nacionaliza el canal de Suez ganándose las simpatías de millones de árabes. Estalla la guerra con Israel y la intervención anglo-francesa para recuperar el canal de Suez concluye en un fracaso. EEUU y la ONU la condenan y aumenta el prestigio de la URSS, lo que lleva a Eisenhower a comprometerse activamente a favor de los atemorizados poderes árabes e islámicos. Dos de las razones que explican la fuerza del fundamentalismo de respuesta en

Egipto y toda el área radican en el fracaso del "socialismo nasseriano" y en los terribles efectos de la "ayuda" yanqui a las atemorizadas clases dominantes.

La decidida opción yanqui no responde únicamente a la "crisis de Suez", también a la celebración en 1955 de la Conferencia de Bandung destinada a presionar desde posturas de "neutralismo activo" a EEUU para que frene su carrera nuclear. Participaron: Arabia Saudita, Japón, China Popular, Filipinas, Egipto, Camboya, Ghana, Etiopía, Jordania, Irak, Irán, Pakistán, Birmania, Laos, Líbano, Nepal, Nigeria, Ceilán, Indonesia, Vietnam del norte y del sur, India, Turquía, Siria, Yemen, Liberia y Sudán.

Otra de las razones del fundamentalismo de respuesta radica en el fracaso de los intentos bienintencionados de controlar con medios pacíficos y a lo sumo de "neutralidad activa" al imperialismo occidental. Es más, conforme EEUU mejora sus líneas de ataque y alianza con las burguesías internas de muchos de esos países, más se desarrollan las condiciones de surgimiento de fundamentalismos defensivos. Ello se demuestra analizando los efectos causados por la nueva política de "respuesta flexible" introducida por Kennedy al cerciorarse de las limitaciones de la anterior de "represalia masiva".

Pero lo más importante de la "respuesta flexible" es que va unida a la "Alianza para el Progreso". El fundamentalismo cristiano-capitalista tiene es este programa una de sus mejores definiciones: el "Progreso" es definido desde y para los criterios occidentales. Las tesis de la "Alianza" están cogidas del libro de Rostow "Las etapas del crecimiento económico", una loa al economicismo y desarrollismo a ultranza como los únicos criterios de valoración.

En 1961 se celebra la II Conferencia de Países No Alineados suponiendo otro mazazo para EEUU. Con el tiempo se verá que el fundamentalismo de respuesta tiene también orígenes muy precisos en la estrategia directa y permanente de EEUU por destruir o dañar irremisiblemente a los tres países fundadores del movimiento de los No Alineados: India, Yugoslavia y Egipto. Al margen de otros factores, no se puede negar que la estrategia yanqui de enfrentar a Pakistán con India, de minar internamente a Yugoslavia, y de armar hasta los dientes a Israel para asfixiar a Egipto, es directamente responsable de los feroces conflictos islámico-hindúes, servio-croato-bosnios e interiores a Egipto.

La estrategia yanqui no era perfecta ni de efecto inmediato. Mientras el capitalismo mundial vivía una fase larga expansiva y la URSS podía aún mantener su impresionante crecimiento cuantitativo y extensivo, las maniobras de EEUU chocaban con fuertes resistencias como quedó demostrado a finales de los sesenta en prácticamente todo el Oriente Medio, en grandes áreas de África y Asia, sin extendernos ahora a la situación latinoamericana. Pero a finales de los sesenta el capitalismo entra el crisis prolongada y en 1973 estalla la "crisis del petróleo" que no es sino un efecto específico de la crisis existente con anterioridad. Ya para entonces EEUU se ha dotado de una nueva línea elaborada por Kissinger según la cual EEUU "protegerá" las áreas estratégicas mundiales -bases militares, materias primas vitales y recursos energéticos- y contará con ayuda aliada para mantener el orden en el resto. La victoria militar de Israel en la guerra del Jon Kipur es consecuencia suya.

HASTA HOY

Dicha estrategia será la responsable del conjunto de movimientos de cerco y ahogo de la OPEP y en general de los países árabes y musulmanes. No podemos analizar ahora la complejidad extrema del proceso de imposición del fundamentalismo occidental que se materializa en 1979 con los "acuerdos" de Camp David en los que se rinden las burguesías árabes representadas

por Egipto. Camp David fue un tremendo bofetón al digno orgullo musulmán y árabe. La aplastante victoria de EEUU-Israel significaba la victoria aplastante del fundamentalismo occidental.

Para lograrlo, EEUU utilizó además de recursos políticos, económicos y militares, cuatro medios: uno, abrumadora dictadura informativa y cultural; dos, parón del Concilio Vaticano Segundo impuesto por Paulo VI y luego dura contrarreforma tridentina desencadenada por Juan Pablo II; tres, nacimiento de la tétrica Comisión Trilateral y cuatro, el endurecimiento ofensivo de EEUU contra una URSS que en 1974 da muestras de debilidad exterior y económica interior y que luego se precipita en la crisis global desde finales de los setenta.

Pero mientras se firma la rendición de Camp David cae la monarquía Palhevi en Irán y comienza la revolución popular que rápidamente daría el poder a los musulmanes chiítas liderados por Jomeini. Irán había sido una pieza clave en el organigrama yanqui. Todas las corrupciones y vicios occidentales habían arraigado en Persia. La desestructuración y arrasamiento de cuajo de la identidad simbólica del pueblo, unidos a una represión feroz, a unas desigualdades sociales incontenibles, hicieron que en tan poco tiempo se hundiera uno de los pilares del imperialismo yanqui.

Pero hay dos factores que debemos tener en cuenta porque aclaran mucho el proceso iraní: la invasión de Afganistán por la URSS a los pocos meses de la revolución, en diciembre de 1979 y luego la invasión de Irán por Irak en septiembre de 1980 y la devastadora guerra consiguiente, reforzaron la legitimidad chiíta dentro de Irán, debilitaron mucho la ya débil legitimidad soviética en el mundo árabe-musulmán y terminaron por hundir el poco prestigio de EEUU entre esas masas, a la vez que ponía en entredicho a Irak.

Mientras Irán resiste se van conociendo las maniobras divisionistas de EEUU e Israel, así cómo las opciones prooccidentales de las burguesías árabes y musulmanas más importantes: Arabia Saudita, Egipto, Marruecos, Turquía, etc. Por otro lado, las grandes petroleras imperialistas presionan a la OPEP durante todo 1981 para que mantenga bajos los precios del crudo. Las consecuencias de esta estrategia global son desastrosas para las masas musulmanas. La OLP es llevada a una situación interna insostenible a la que vez expulsada de Beirut. Siria es aislada. Libia es criminalizada. Argelia debe girar hacia EEUU. Israel se frota las manos de contento.

Estos años son decisivos para comprender la evolución posterior del fundamentalismo e integrismo árabe-musulmán. De un lado, las masas van cayendo en una pobreza creciente pero las clases dominantes se occidentalizan y enriquecen. De otro lado, la prepotencia occidental llega a los rincones más recónditos mediante la invasión televisiva y turística. Además, la omnipotencia de Israel y el imperialismo occidental, recordemos Chad, Sudán, etc, unido a lo anterior despierta viejos recuerdos y fantasmas históricos. Por último, los poderes árabes y musulmanes llevaban ya un tiempo apoyando a los grupos más ortodoxos, integristas y fundamentalistas del culto musulmán y es entonces cuando les empiezan a dar cabida en sus medios propagandístico.

La invasión de Irak y el comportamiento prooccidental de casi todas las burguesías árabes radicaliza los sentimientos de las masas. La desintegración de la URSS, ya desprestigiada por su intervención en Afganistán, debilita aún más a las organizaciones que de algún modo u otro se mantenían a su sombra. El comportamiento del FLN argelino y el apoyo que recibe de las "democracias occidentales" para mantenerse en el poder; la situación en Egipto; los problemas palestinos; la intervención en Somalia y los problemas en el Sudán y el Chad; las luchas crecientes en Pakistán y zonas de la India; la guerrilla islámica en Filipinas; las noticias sobre Bosnia y el racismo europeo contra todo lo islámico... para las masas árabes depauperadas todo indica que el gran responsable es Occidente. ¿Una nueva cruzada?

Es innegable la fuerza y razón emotiva de interrogantes así. Sociedades como Turquía, Repúblicas ex-soviéticas, Irán, Afganistán, Palestina, Arabia Saudita, Egipto, Sudán, clanes de Somalia, Argelia, regiones de Centro África, zonas de Pakistán y de Filipinas, etc., se caracterizan por haber vivido profundos y desestructuradores cambios sin apenas contar con instrumentos organizativos capaces de pensar y responder colectivamente. En estas sociedades los poderes religiosos aparecen como los únicos referentes históricos, pues los poderes políticos oficiales están cada vez más desacreditados.

EL GANADOR

Pero el ganador no es el pueblo sino el imperialismo en primera instancia y, en segunda, las clases dominantes árabes y musulmanas. Tres son las razones que lo explican:

Una, que a excepción de muy contadas organizaciones fundamentalistas, la gran mayoría tienen una orientación de clase, sociopolítica y socioeconómica muy conservadora, por no decir reaccionaria. Incluso en el caso iraní, con su propaganda fieramente antiyanki, la realidad socioeconómica y sociopolítica no es lo que se puede llamar progresista. En cuanto a las organizaciones argelinas hay que decir que, hasta ahora, han respetado escrupulosamente los intereses yankis. En Palestina, Hamas no tiene en la práctica ninguna estrategia progresista. En Egipto, los Hermanos Musulmanes tampoco. No hace falta seguir.

De hecho, no debe extrañarnos semejante incapacidad. Sus orígenes se remontan a las propias ambigüedades internas del Corán y a la incapacidad del fundamentalismo e integrista para desarrollar una práctica consecuentemente revolucionaria. Además, son muy sólidas las relaciones entre los estamentos religiosos ortodoxos y determinadas fracciones de las clases dominantes que les han estado subvencionando. La ausencia o extrema debilidad de organizaciones izquierdista facilita la tarea a la penetración del mensaje de "hermandad musulmana" en unas masas empobrecidas y desestructuradas. Un factor de enorme cohesión fundamentalista es el sentimiento patriarcal de peligro de su poder cotidiano ante la invasión de las televisiones occidentales y sus imágenes sexuales.

Dos, el grueso de las clases dominantes árabes, así como Israel, sabe que un sabio y controlado integrista interclasista, antimodernista y carente de proyecto revolucionario, además de patriarcal, es altamente rentable en el contexto actual y en la perspectiva a medio y largo plazo. Los poderes árabes conocen de sobra las implacables exigencias estratégicas del imperialismo en cuanto al petróleo. Saben que Occidente y Japón no van a permitir ninguna veleidad en las áreas petrolíferas. La lección de Irak está permanentemente ante sus ojos y cuando le toque a Irán, Occidente machacará a Irán. Para la burguesía árabe, dependiente y delegada, es mucho más peligroso una reacción igualitarista de masas que un fundamentalismo económicamente neoliberal.

La burguesía árabe sabe que en caso extremo, incluso con el FIS en Argelia, Hamas en Palestina, los Hermanos Musulmanes en Egipto, etc., incluso así no perderá el poder. Tal vez haya algunas purgas y sobre todo le prohíban las formas occidentales de vida, como en Irán, pero son males menores que se aceptan gustosamente con tal de seguir en el poder. La burguesía árabe, como la latinoamericana, tiene infinitamente más miedo al socialismo que a la religión, aunque ésta aparente una radicalidad absoluta.

Tres, por último, el imperialismo sabe que puede asestar tan feroces y destructores golpes militares a los árabes; que puede someterles a tal boicoteo y cerco económico, tecnocientífico, sanitario y alimenticio; que puede hacerles retroceder a la edad media, como a Irak, si fuera

necesario, que no tiene más preocupación que la de buscar el medio más adecuado para mantener su control. Es decir, por ahora y mientras le sea rentable, mantener el statu quo, pero si llegase la necesidad de ocupar las zonas de extracción de crudo, puntos geoestratégicos, redes viarias, gaseoductos y oleoductos, etc., el imperialismo sabe que tiene medios militares de sobra.

No es sólo superioridad cuantitativa, de cientos de miles de soldados especializados, armados con los más mortíferos ingenios de guerra inteligente, guerra electrónica, guerra biológica y nuclear tácticas, transportables en poquísimo plazo de tiempo al corazón mismo de Arabia o Argelia, Irán o Libia. Es superioridad cualitativa imposible de ser igualada por los árabes, si quisieran intentarlo. Recordemos que no hablamos de agrestes y cerradas selvas vietnamitas sino de extensos, planos y abiertos desiertos en donde la modernísima letalidad carece de obstáculos. Ya no existe la URSS y tampoco "vías Ho Chi Min", ni retaguardia laosiana ni camboyana. Peor: no hay partidos comunistas dispuestos a luchar a ultranza. Además, Vietnam no tenía petróleo. Que no nos engañe la propaganda imperialista: no hay "peligro fundamentalista islámico" alguno. Sí existe un verdadero "peligro occidental" no sólo para los árabes sino para nosotros mismos.

LA LIBERTAD HUMANA

El fundamentalismo y la libertad humana se repelen mutuamente: son antagónicos irreconciliables. La única posibilidad de superación dialéctica de esa total confrontación radica en la transformación histórica de las bases materiales que la sustentan. No hay otra alternativa ni vía para superar ese sistemático enfrentamiento que dura ya más de dos y medio milenios, desde que las primeras y prometedoras filosofías materialistas y ateas fueron atacadas por los poderes político-religiosos. Incluso habiéndose extinguido esas bases, durante bastante tiempo perdurarán los efectos secundarios de la prolongada alienación padecida por la humanidad; pervivirán como espectros que se resisten a desintegrarse en la nada, ni siquiera en el recuerdo de los más ancianos.

Pero en la medida en que se mantienen las condiciones sociales que propician y exigen incluso el método fundamentalista, en esa medida, se multiplican las trágicas consecuencias que generan. Aquí no es posible la neutralidad. No es éticamente correcta la postura ambigua ante problemas que atañen a la misma definición de ser humano, que si se define por algo lo es por ser el mismo el constructor de su libertad.

IMPOTENCIA DE LA IZQUIERDA

La razón occidental está explotando al máximo las represiones de los derechos humanos en su interpretación burguesa en Irán oficialmente, en Argelia por parte de los islamistas, etc. Muy en concreto, está utilizando carroñeramente las muertes de mujeres y niños. Además, la razón occidental -razón en cuanto esquema interpretativo y valorativo de lo existente- intenta ganar legitimidad, y lo consigue, presentándose como la depositaria de un saber humanista, neutralmente científico, progresista y tolerante. Una pléyade de intelectuales que mantienen silencio ante sangrantes problemas internos y externos a sus países, se dedican empero a

excomulgar y condenar con todos los descalificativos imaginables las luchas de los pueblos no occidentales.

Su método es simple: primero, mezclan en un magma irreconocible todas las luchas y reivindicaciones. Después, califican de fundamentalistas a los actos violentos realizados por las organizaciones que sostienen esas luchas, pero nunca dicen nada, o muy poco y totalmente tergiversado, de los Estados y poderes existentes, de sus prácticas y de sus servidumbres para con transnacionales y Estados imperialistas, a los que siempre disculpan o ni siquiera nombran. Simultáneamente, olvidan o silencian el pasado de esos pueblos, las agresiones que han sufrido y los efectos presentes. Luego, aprovechando semejante confusión desinformativa, no dudan en recurrir a las más viles manipulaciones y tergiversaciones de imágenes, de hechos y de acontecimientos, para condicionar y limitar la capacidad de entendimiento de la audiencia. Por último, extienden el calificativo de fundamentalista a la totalidad del pueblo que han elegido para criminalizar internacionalmente.

El problema que tenemos en las izquierdas es que hemos aceptado desde hace mucho tiempo las interpretaciones burguesas de "libertad", "justicia", "progreso", "desarrollo", etc., de modo que nos resulta imposible pensar con independencia de criterios y, desde esa independencia crítica, oponer argumentos revolucionarios al fundamentalismo e integrismo en cualquiera de sus formas, sobre todo al occidental y cristiano. Las izquierdas estamos atrapadas en la jaula de oro del metalenguaje burgués: de tanto decir que entre nosotros existe la democracia aunque imperfecta, apostillamos de inmediato por eso del Pepito Grillo que agoniza en nuestra conciencia, hemos terminado creyendo que también existe en otros Estados por el simple hecho de ser aliados de los de aquí. Por tanto, dado que estos y aquellos son "demócratas", sus enemigos son anti-"demócratas".

Y como resulta que alguien ha decidido que la mejor forma de defender la "democracia" es la de calificar de fundamentalistas a los anti-"demócratas", desde ese momento, la intelectualidad de izquierdas, excepto honrosos casos, se ha lanzado a descuartizar el fundamentalismo según lo define el Capital. No se hace ningún esfuerzo por descubrir qué fuerzas organizadas, que gran corporación transnacional o grupo de presión, o simplemente colectivo pagado por servicios estatales, está detrás de la explosión de publicaciones que dicen lo mismo sobre lo mismo pero variando alguna coma. No se hace ningún esfuerzo teórico por relacionar la sospechosa coincidencia de esa proliferación de publicaciones con la contraofensiva neoliberal en curso. Menos aún, se hacen esfuerzos teóricos, históricos y políticos por conocer, relacionar y criticar la dogmática burguesa sobre sus libertades, su fundamentalismo y los instrumentos de terror que llega a usar para imponer o defender sus intereses de clase.

RESPONSABILIDAD HISTÓRICA

El fundamentalismo occidental y cristiano es el más perverso e inhumano, no sólo por la manifiesta superioridad cuantitativa de sus horrores y crímenes a lo largo de veinte siglos comparado con los fundamentalismos sapienciales y con el judaísmo, o de trece siglos si lo comparamos con el islamismo. Se puede objetar que resulta difícil, por no decir imposible, demostrar cuantitativamente esta afirmación. Se puede decir que estoy haciendo un mero juicio de valor, una condena subjetiva y parcial, y que todo depende de la posición del sujeto que emite el juicio, de sus intereses y de los criterios que emplea. Sostengo que, a la contra, es posible, necesario y bueno evaluar, cuantificar, los efectos del fundamentalismo occidental y cristiano. Se puede responsabilizar a un sistema sociopolítico y socioeconómico, a una clase social, a un Estado, de los sufrimientos que causa por la sencilla de que el sufrimiento es medible. El llanto de una niña, el dolor y la extenuación, el hambre de un anciano, la desolación

de una esclava, la tristeza helada de un parado, la amargura de un pueblo también se miden cuantitativamente, se pesan y equiparan en la balanza del humano sufrimiento histórico.

Durante los años sesenta empezaron a cobrar fuerza los indicadores sociales de bienestar colectivo. Ya existían con anterioridad algunos de ellos, pero es con el boom consumista y el mito de la desaparición de las contradicciones clasistas, cuando se perfeccionan en Occidente. En los años setenta, el sistema oficial para medir el llamado "bienestar social" era la evolución del Producto Nacional Bruto, el PNB; método con claras deficiencias en todos los sentidos. Desde comienzos de los ochenta, bajo las directrices neoliberales, los Estados occidentales reducen la aplicación de los indicadores sociales, para no dar publicidad a los alarmantes datos sobre el empeoramiento de las condiciones de vida y trabajo de la gente. Paralelamente, se constata un aumento del malestar social subconsciente e inconsciente en toda la sociedad occidental: psicopatologías y desarreglos psicológicos, drogadicciones, suicidios, agresividad latente o manifiesta, enfermedades psicosomáticas...

La situación empeora aceleradamente en las sociedades "subdesarrolladas", que ni siquiera pueden aplicar los medidores sociales. Allí donde se consigue aplicar con alguna continuidad el método PQLI, o Índice de Calidad Física de Vida, que es una media simple no ponderada de índices no representativos de mortalidad infantil, esperanza de vida a la edad de un año y alfabetización básica, en esos sitios de aplicación, los resultados son demoledores. Bajo fuertes presiones en contra por parte del imperialismo y de las grandes instituciones mundiales, FMI, Banco Mundial y otras, se publica en 1990 el primer Informe de las Naciones Unidas sobre Desarrollo Humano, que intenta superar las deficiencias de los indicadores anteriores. El impacto que producen sus revelaciones anima a determinadas organizaciones de solidaridad a perfeccionar los métodos y a publicar sus resultados. Pero no tarda la respuesta del imperialismo: con la excusa de que no hay dinero y de que muchas de esas organizaciones, y sobre todo la UNESCO, están controladas por comunistas, se van cortando las subvenciones internacionales, estatales y privadas. A la vez, el FMI y el Banco Mundial crean sus propios indicadores e inundan las transnacionales de la desinformación con resultados amañados y parciales que, empero, no tienen más remedio que reflejar parte de la realidad.

Podemos, entonces, medir y cuantificar el sufrimiento humano; aunque el sólo hecho de intentarlo implicar inicial una pelea teórica sobre el status de cientificidad no sólo de las ciencias sociales, sino del indicador escogido. También aquí se activa la lucha permanente entre el conocimiento crítico y emancipador y el dogma reaccionario siempre al servicio de poderes establecidos. Por tanto, podemos decir con datos en la mano, que el fundamentalismo occidental y cristiano es el más inhumano porque cualitativamente el fundamentalismo occidental y cristiano ha generado el más irreconciliable antagonismo entre las capacidades productivas jamás existentes y las miserias humanas que le son inherentes. Nunca en su historia nuestra especie ha dispuesto de tantas posibilidades de bienestar y empero, jamás ha padecido tanto dolor y quebranto como en la actualidad. Esta contradicción antagónica entre lo posible y lo real, entre lo que podría existir y lo que realmente existe, es el criterio cualitativo, objetivo e innegable que demuestra la catadura burguesa.

La sociedad occidental, en primer lugar, ha sembrado la desolación en todas las sociedades precapitalistas, destruyéndolas y condenándolas a la miseria; en segundo lugar, tras desarraigarlas, las ha introducido a la fuerza, por la violencia pública y por la sorda coerción económica, en las esferas concéntricas de la explotación, intercambio desigual y esquilación unidireccional. En tercer lugar, en su interior también hizo lo mismo, pero lo ocultó parcialmente bajo las sobreganancias obtenidas con los genocidios coloniales. Por último, en cuarto lugar, cuanto más desarrolla las potencialidades productivas, tecnocientíficas y culturales el capitalismo más agranda la distancia entre lo posible y lo permitido.

Este último punto es crucial. La injusticia y la ausencia de libertad en las sociedades capitalistas "desarrolladas" es cualitativamente más grave que en otras porque aquí los impedimentos no son objetivos, no vienen impuestos ciegamente por el pobre desarrollo de las fuerzas productivas, al contrario, son subjetivos, son impuestos por las estructuras de dominación. Aquí es la estructura política de opresión la que impide por múltiples medios la realización revolucionaria de las potencialidades omnilaterales dadas en el grado de evolución productiva, tecnocientífica y cultural alcanzado, que es verdaderamente rico y capaz de grandes avances. Lo realmente grave y patético, es que la dialéctica entre la potencialidad objetiva y el impedimento subjetivo, hace que se interpenetren las causas y efectos, de modo que, durante el proceso, dentro de las masas occidentales se genera una dinámica justificatoria de la explotación del llamado Tercer Mundo para mantener el flujo de riqueza expoliada que, en parte, beneficia también a las masas, aunque sean los despojos del festín burgués.

En las sociedades precapitalistas o capitalistas "subdesarrolladas", esas potencialidades están constreñidas no sólo políticamente, por la estructura de opresión de clase, patriarcal y etnonacional, sino a la vez por la limitada potencialidad global alcanzada. Precisamente una demostración irrefutable de las potencialidades impresionantes que alcanzaríamos en las sociedades occidentales emancipadas, superadas las trabas sociopolíticas, es que los pueblos "subdesarrollados" que han superado las suyas, que han avanzado revolucionariamente siquiera un corto espacio de tiempo, han conseguido logros materiales y morales de una belleza y hermosa deslumbrante. Y eso que han partido de condiciones objetivas mucho menos propicias, más retardatarias y encorsetadoras que las nuestras. Los logros están ahí y no me voy a extender en ellos. La criminal obsesión del bloque imperialista por exterminarlos y borrarlos del mapa busca que no cunda el ejemplo ni en el resto de los pueblos empobrecidos ni en los enriquecidos.

Si tuviéramos que poner un ejemplo diríamos que mientras las sociedades precapitalistas tributarias podían alcanzar una libertad escala 3 y empero permitían una escala 1; mientras las sociedades precapitalistas feudales podían alcanzar una libertad 4 y permitir una escala 2; mientras que las sociedades capitalistas "subdesarrolladas" podían alcanzar una escala 6 y permitir una escala 3, mientras es así -en este ejemplo- las sociedades capitalistas desarrolladas pueden alcanzar una libertad potencial 15 desarrollando una libertad real de 15, y lo que ocurre es que sólo permiten una de 5, es decir, la distancia entre lo posible y lo permitido es mayor, cuando precisamente es mayor el potencial emancipador.

Esta y no otra es la diferencia cualitativa: cuanto más libres podríamos ser porque existen las capacidades prácticas, posibles y potenciales, menos lo somos realmente porque estamos más distanciados entre eso que es posible y esto que realmente somos. Lo patético es que las causas son políticas. Lo amargo es que a esa impotencia impuesta que nos frena la explosión de creatividades, le llamamos libertad. Lo insoportable es que, encima, pensamos que esa impotencia impuesta, esa "libertad" ilusoria, es el modelo que debemos exportar al resto del planeta.

LIBERTAD Y DOGMA

El fundamentalismo cristiano oculta esta contradicción a la fuerza, incluso cuando critica al capitalismo desde la Teología de la Liberación, como veremos en su momento. La responsabilidad del fundamentalismo cristiano es pues mucho más grave que la de los otros fundamentalismos, incluido el sintoísta japonés, ya que sobre sí descansa el histórico silenciamiento de una situación incalificable. De hecho, toda religión ha de ocultar esa desproporción. Ha de hacerlo por una razón muy sencilla y eminentemente lógica: no puede

responsabilizar a su dios del antagonismo entre la libertad y la felicidad humana posible y la opresión y la desgracia real. Los fundamentalismos sapienciales han logrado mejor eludir el problema que los proféticos, pero tampoco lo han resuelto: sólo lo silencian, como es el notorio caso de Buda según la tradición.

El judaísmo ha responsabilizado al pueblo pecador y ha liberado así a Yahvé. El islamismo se debate entre un determinismo fatalista explícitamente reconocido en el Corán y un subterráneo albedrío que late por debajo del dogma y que reaparece carnalmente exultante en las noches del Ramadán, cuando es permitido excederse en delicias sensuales para recuperarse de los sacrificios diurnos. Pero el cristianismo no ha conseguido nunca resolverla: 'misterium morten' y 'misterium iniquitatis', dos problemas lógicamente irresolubles desde la creencia en la bondad intrínseca de un dios omnisciente y omnipotente.

Ningún fundamentalismo puede resolver esa contradicción: libertad y dogma son antagónicos. Y la fe, junto a la especulación teológica, que es el consuelo idealista de la ignorancia, aparece como la solución incomprendida e incomprensible. El fundamentalismo cristiano también es en esto el más retrógrado. La fe, dice, es una de las tres virtudes teologales y una gracia concedida por dios. Una vez aquí, en este agujero, no existe otra alternativa de salida que la admisión de la doble verdad, de la revelada por dios y de la científica. La primera sólo está a disposición de los agraciados por la fe, de los creyentes, y la segunda, la científica, a disposición de todos, de los creyentes y de los ateos o agnósticos. Por tanto, los creyentes tienen una clara ventaja, son superiores, ven más lejos, conocen cosas que la razón desconoce porque le falta el instrumento de la fe. Los creyentes tienen así una neta superioridad sobre los no creyentes. Sólo ellos pueden definir entonces, en base a su especial y exclusivo conocimiento, lo que es fundamental de lo que no lo es, lo que es en sí bueno intrínsecamente de lo que es intrínsecamente malo. No importa aquí la discusión entre protestantes y católicos sobre la interpretación de la Biblia, la salvación por las obras o por la fe simple, etc. Lo que importa es su pretensión de exclusividad, de monopolio.

Los cristianos han intentado desatar este nudo gordiano sabedores de que es insostenible argumentar la igualdad y mucho menos la superioridad de la fe sobre la razón. Ahora bien, que sea insostenible no ha evitado que cristianos célebres la hayan asumido; de hecho, en última instancia, inevitablemente, todo cristiano debe asumirla y defenderla al final. Tertuliano (150-222) lo hizo explícitamente. A él se debe esa irracional afirmación de que "creo porque es absurdo". Por esas mismas fechas, Clemente de Alejandría (150-215) tuvo que avanzar un paso: la razón puede ayudar a la fe, pero siempre y cuando se mueva dentro de los senderos marcados por ésta: la razón al servicio de la fe. El problema seguía irresuelto y Agustín de Ipona (354-430), recuperando a Platón, sostuvo que había dos clases de razón: la fe es la razón superior y la filosofía la razón inferior. Más tarde, Tomás de Aquino, falsificando a Aristóteles, tuvo que avanzar más que Agustín poniendo a la par fe y conocimiento razonado, pero afirmando que cuando surgía una contradicción entre ellos, era el conocimiento el que estaba o atrasado, o errado o mal planteado, y que debía hacerse un esfuerzo más intenso hasta que alcanzase el nivel que ya tenía el conocimiento adquirido por intervención de la fe. Por último, por no extendernos, la situación se hizo tan insostenible que Theillard de Chardin (1881-1955) ha rizado el rizo mezclando evolucionismo, creacionismo y epistemología diciendo que al final, junto a la evolución, la ciencia y la fe confluirán en el Punto Omega. Pero también abundan los cristianos que sostienen que la ciencia no tiene razón cuando se enfrenta a la Biblia.

La libertad humana corre un serio riesgo allí en donde una parte de la nuestra especie se cree depositaria y poseedora de un conocimiento superior; un conocimiento no falsable ni verificable científicamente, no sometido ni sometible a criterio de veracidad alguno. La libertad humana, y todo lo que le precede, acompaña y antecede, es medible, cuantificable, porque tiene contenidos objetivos y subjetivos esencialmente idénticos para toda la especie. Pero cuando una parte de ésta, la creyente, créese poseedora en monopolio exclusivo y excluyente del saber

básico y esencial por cuanto trata de dios, de un conocimiento especial, único, la fe, y además lo cree por dogma, es decir, indemostrable por métodos científicos, entonces esa parte de hecho, en la práctica, se distancia del resto.

Nadie puede impedir ni negar ese distanciamiento: tienen derecho a constituir sus grupos, sectas y movimientos. Pero, la historia enseña multitud de aleccionadoras prácticas y comportamientos sobre la tendencia de esos sectores que se creen monopolizadores de un saber superior y único, a arrogarse atribuciones, derechos y obligaciones precisas, únicas y excluidas al resto. De entrada, las religiones y sobre todo el cristianismo, son internamente antidemocráticas aunque en algunos momentos algunas facciones suyas hayan aplicados algunos métodos democráticos. Todas tienen un centro de poder interno, un grupo selecto capaz de interpretar el mensaje y la voluntad de dios correspondiente. Después, unas antes que otras, pero todas ellas impelidas por la misma necesidad, se lanzan a convencer a los demás de las únicas excelencias de su mercancía propia. Y no tarda en llegar el momento en el que piden ayuda a los poderes establecidos o éstos se lo piden a ellas, o ambas cosas suceden a la vez.

Entonces, la tentación totalitaria, controladora y absorbente aparece toda su fuerza. Las libertades ajenas, empezando por las de los ateos, agnósticos e indiferentes, son paulatinamente sometidas a la voluntad de dios, que es la libertad suma. Tentación totalitarista que nace de la naturaleza religiosa: teocracia como perfección social. No se expresa siempre de forma directa aunque sí está latente. De hecho deben si no dictar e imponer a los demás el comportamiento, sí al menos advertirles qué, cómo, por qué y para qué deben actuar. El cristianismo ha gastado enormes fuerzas en mantenerse en el poder. El protestantismo es la versión cristiana del capitalismo desarrollado: fundamentalismo incrustado en la mente burguesa por muy laica que diga ser. Los fundamentalismos católico y ortodoxo responden a otras fases del poder de clase, patriarcal y etnonacional.

CINCO MANDAMIENTOS

Todas las religiones analizadas aquí tienen unas constantes identitarias dan cuerpo al fundamentalismo dogmático que luego, en la práctica sociohistórica, aparece claramente expuesto en identidad de comportamientos. Si bien cada religión tiene sus mandamientos y sus preceptos propios, enumerados y enunciados según las coordenadas mentales del contexto histórico en el que fundamentó su dogma, todas coinciden en cinco mandamientos esenciales que, en realidad, provienen de la praxis histórica de nuestra especie en un período determinado, prolongado durante casi tres milenios, pero muy reducido en la larga historia humana.

Las constantes a las que nos referimos son estas: no matar, no mentir, no robar, respetar la propiedad sexo-económica y respetar la autoridad paterna. Hay otras constantes parciales y secundarias que o bien aparecen entre determinadas religiones, pero no en todas, o bien conciernen a prácticas secundarias, no dogmáticas y sí temporales, por lo que no nos vamos a extender ahora en ellas. Decimos que las básicas provienen de la praxis histórica ya que, al margen de la interpretación religiosa, reflejan las relaciones de fuerza y poder dentro de la historia humana, así como, a la vez, las certidumbres culturales de supervivencia colectiva dentro de esos marcos. Desde luego que existen contradicciones internas muy fuertes pero precisamente ellas demuestran la inmanencia de las normas que no su trascendencia, como afirman las religiones.

El fundamentalismo religioso ha roto la dialéctica de lo esencial y de lo accesorio, de lo fundamental y de lo secundario, al elevar esas normas al carácter de mandamientos. De esta forma todos y cada uno de los mandamientos terminan por beneficiar al poder establecido. Veámoslo uno a uno:

No matarás es un "convenio colectivo" que asegura la supervivencia del grupo en un entorno extremadamente agresivo, amenazante y precario. Se ha dicho que en las condiciones de extrema incertidumbre existentes en el paleolítico, justo cuando el *Pithecantropus Pekinensis* logró controlar el fuego, en esas condiciones, las reducidas bandas debían cuidarse solidariamente dentro de ellas, no llevar las tensiones a momentos de peligro, repartir la comida, atender el fuego permanentemente, planificar colectivamente la caza y sobre todo la recolección de frutos, raíces y hierbas, explorar tierras nuevas para el grupo, etc. En situaciones así, que duraron miles de años, el conservar la vida era más un logro colectivo que individual. El "no matarás" debió crearse entonces como una necesidad colectiva de supervivencia, una implícita aceptación incondicional de la supremacía del colectivo sobre el individuo.

Pero el desarrollo de la producción de excedente social, de los inicios de la propiedad y el surgimiento de la guerra de saqueo y botín, de obtención de esclavos, trastoca en poquísimos siglos, comparado con el prolongado período anterior, ese necesario convenio interno. Es entonces, justo al aparecer minorías dominantes compuestas por sacerdotes-guerreros masculinos, cuando se absolutiza y se dicta qué institución designa las excepciones al "no matarás", es decir, las condiciones en las que sí se puede matar, entonces el mandamiento general se desliza a la sombra del poder establecido. Las castas dominantes, monarquías e imperios, la clase opresora, el Estado, los jueces...son los que aplican la muerte. Una minoría tiene el derecho de decir a quién, cuando, cómo, por qué y para qué se puede y hasta se debe matar. Se ha expropiado a la mayoría el control efectivo de ese "convenio" que ha devenido en un poder y privilegio de la minoría.

Las religiones se convierten en piezas claves en la legitimación de ese proceso de expoliación a la colectividad de la administración del "no matarás" y de entrega, en uso monopolístico, a la minoría rica y dominante. Durante siglos, las religiones estuvieron esencialmente unidas en lo material y simbólico a esas minorías, y algunas de ellas siguen estándolo. La evolución concreta del cristianismo, desde la irrupción de la burguesía, ha sido la de desligarse parcialmente en la simbiosis material pero conservando o incrementando -la nueva derecha yanki, por ejemplo- la simbiosis simbólica y legitimadora.

No mentir es otro "convenio" que nace de la necesidad de todo colectivo de tener acceso a información veraz, rigurosa y contrastable. Sin ella es imposible sobrevivir. En la extrema precariedad anterior a la revolución neolítica, debió ser decisivo el conocimiento lo más exacto posible de la situación alimenticia en todos sus aspectos. Pero no sólo eso, además, dependiendo en grado sumo de un mundo azaroso y muy desconocido en sus procesos, los humanos tenían que fiarse unos de otros hasta grados de depender de su vida de la objetividad de las informaciones dadas. En "no mentir" se relacionaría estrechamente con el "no matarás" en el sentido de que la veracidad informativa permitiría conservar la vida colectiva e individual. El "no mentir" tendría también directas repercusiones sobre el perfeccionamiento del saber colectivo y de los rudimentos de una tecnología que rozaría el tránsito del empirismo estrecho al inicial conocimiento teórico transmitido oralmente de generación en generación.

Pero cuando se desarrolla una estructura jerarquizada de producción de sentido y de "verdad" desaparece la capacidad de cualquiera para hacer oír su experiencia vital. Esa estructura aparece simultáneamente a la consolidación de la minoría sacerdotal-militar masculina acaparadora de partes crecientes de excedente social. Esa minoría, que monopoliza el saber escrito y los rudimentos precientíficos de la crecida de los ríos y de las cosechas, escinde el "no mentarás" en función de sus intereses en crear una verdad propia, de dominación. Ella miente a

las masas, e incluso llega a utilizar trucos mecánicos para aparentar milagros asombrosos. Pero ella dice la verdad en cuestiones decisivas para aumentar el excedente: el calendario lunar y solar; las crecidas de ríos para regar los valles; los sistemas de cruce y selección empíricas de especies; las técnicas de conservación de alimentos; las técnicas de fundición de metales, etc. La dialéctica mentira-verdad va unida a la de matar-no matar en un proceso mixto: legitimar el poder emergente y fortalecer sus medios de violencia interna y externa. No mentir pasa a ser entonces decir lo que el poder quiere que se diga. Y el que se resiste queda de inmediato descalificado además de como mentiroso, sobre todo como hereje, falsario, subversivo, o también de loco, pervertido, desquiciado y psicópata.

Las religiones son poderes decisivos en el triunfo histórico de esa escisión elemental. De un lado, acaparan la definición de mentira y de verdad según las definen sus dogmas, siendo por tanto necesario su concurso para mantener las estructuras de poder. Pero, de otro lado, están presionadas por dos fuerzas tensionadoras: una, las resistencias latentes o activas de las masas, que tienden a desbordar periódicamente los diques dogmáticos y, otra, la creatividad difícilmente controlable del pensamiento humano, sobre todo cuando emplea metodología científica. Ambas fuerzas generan contradicciones globales que están en los orígenes del autoritarismo fundamentalista. Pero tales arrebatos represores, si bien apuntalan durante algún tiempo el dogma, a la larga y muchas veces muy pronto, lo debilitan. Tal contradicción es la causa de que las religiones tiendan siempre a recurrir a la dialéctica mentira-opresión, en contra de la de verdad-libertad.

No robar es ya otra cosa pues la propiedad privada surge en un período muy tardío y muy reciente en nuestra especie. No mentir y no matar son "convenios" muy necesarios en el paleolítico pero no tiene ningún sentido el no robar cuando no hay excedente o es ínfimo y su distribución colectiva. Más aún, el "no robar" carece de sentido cuando la supervivencia colectiva e individual depende del mantenimiento de la vida de los demás y de las relaciones verdaderas entre el colectivo. Tengamos en cuenta que la muerte de un joven apto, sano y ágil, supondría una grave merma en una colectividad muy reducida, por lo que mantener la unidad vital de todos ellos, y su buena hermandad, sería imprescindible. Otro tanto ocurriría con las parturientas y el control social de la natalidad, así como con las personas ancianas, guardianes del conocimiento colectivo.

Se roba cuando uno tiene más que otro y esa tenencia está sancionada legalmente como propiedad privada, al margen de su forma histórica. Al comienzo, el robo se produciría más entre colectividades que entre individuos, según la diferencia de excedente acumulado entre ellas. Las primeras religiones permitían y justificaban el robo a otros colectivos y hasta las peores atrocidades con sus miembros apresados: muerte instantánea, sacrificios humanos y canibalismo ritual, esclavización primero de las personas jóvenes, especialmente hembras y después de los hombres, etc. Es la larga época histórica de lo que se ha llamado "religión grupal", "étnica" o "etno-nacional", e incluso "religión de las ciudades-estados" y sobre todo, de los imperios tributarios y fluviales. No podemos analizar ahora cómo partes esenciales de sus dogmas pasaron luego a las grandes religiones aquí estudiadas.

Más adelante, el mandamiento de no robarás beneficia en todo a las clases poseedoras, que son las dominantes. Las religiones aquí analizadas surgen sobre la realidad clasista, cuando ya existe la propiedad privada plenamente asentada. Desde entonces, las religiones se agitan en una contradicción tripolar: de un lado, deben defender la propiedad privada, empezando por la suya; de otro, han de responder de algún modo a la injusticia que nace de la propiedad privada y sobre todo, han de responder a las preguntas de sus miembros que se interrogan sobre si dios o Alá, por ejemplo, son pobres o ricos, reparten lo que tienen o se lo quedan. Por último, el tercer polo es el de la postura de las religiones cuando los Estados a los que sirven y legitiman se lanzan a guerras de expoliación y robo que redundan en un aumento de la propiedad de las burocracias religiosas.

Respetar la propiedad sexual es una imposición patriarcal anterior a la propiedad privada económica, pues la propiedad privada sexual es una de las bases sobre las que se sustenta la propiedad económica, y no a la inversa. Más aún, los datos disponibles sugieren que la propiedad económica originaria era propiedad sexual, dominio, control y explotación de la mujer como unidad psicofísica de fuerza de trabajo y reproducción biológica. Ocurre que las religiones son medularmente patriarcales. La forma cruda de expresar ese mandamiento es no adulterarás, es decir, prohibir la libertad sexual porque en su origen, durante la sedentarización agrícola del neolítico, el sexo era también, además de placer, un medio de producción de bienes que de inmediato entraban en la propiedad privada del marido, y la mujer una herramienta más del poder patriarcal y de clase masculina.

La propiedad sexual es decisiva en las religiones porque todos los dioses principales son masculinos. Hace aproximadamente tres milenios, se inició el proceso de definitiva depuración de las diosas e implacable ascensión a los puestos de poder religioso, de los dioses. Ello no quiere decir que anteriormente, las diosas fueran las dominantes, en absoluto. Quiere decir que no estaban tan marcadas las relaciones de opresión patriarcal dentro de los panteones religiosos. Las diosas eran, por lo general, las garantes de la fecundidad y la riqueza, del conocimiento de la recolección y de las relaciones internas. Según esta división sexo-religiosa de las funciones divinas fue superada por el aumento del excedente social y fortalecimiento del patriarcado simultáneo al militarismo neolítico, en ese proceso, las diosas fueron apeadas de su poder.

Respetar la autoridad paterna, ahora dicho como "honrarás a padre y madre" es también una imposición muy reciente en nuestra historia. Este mandamiento careció de sentido en la larguísima época durante la cual se desconocía la ciertamente pequeña función del padre-biológico en el acto procreador. Va surgiendo conforme se conoce esa función y a la vez se impone la dominación del padre, la paternidad patriarcal y la continuidad de la propiedad privada mediante la herencia de los hijos del padre, que no de la madre y menos de las hijas. Ya para entonces el "no matar" y "no mentir" han quedado disueltos en la violencia y "verdad" del poder establecido. Para entonces, la mujer es ya propiedad sexo-económica del macho. Las diosas han sido desplazadas por los dioses. El saber social se ha transformado con la irrupción del paradigma penocéntrico y el poder social se ha reforzado con la simbología falocrática del militarismo patriarcal.

Las religiones no son, en modo alguno, ajenas a esa dinámica. Sus burocracias han trabajado intensamente para criminalizar y a la vez mitificar a la mujer; para presentarla como ser débil, pecaminoso, inconsciente y turbador. Por contra, los atributos sociales dominantes son los masculinos, fuertemente militaristas y agresivos. En este universo de referentes patriarcales la propiedad privada está protegida por el no robar, y muy especialmente la propiedad sexo-económica por el no adulterar. Para cerrar el círculo se obliga a respetar la familia patriarcal en cuanto elemento de concentración y centralización de propiedad sexo-económica, producción de "verdad" mediante la "educación" y socialización primaria, y de la pasividad irracional ante la violencia del poder con la creación de personalidades obedientes, sumisas y alienadas.

El fundamentalismo religioso, al margen de sus formas de expresión, tiene como esencia definitoria estos cinco mandamientos. Dependiendo de circunstancias y momentos, se desarrollarán integristas específicos y particulares que no cuestionan en absoluto la fundamentación dogmática sino que, en todo caso, exigen su rigurosa, exacta e íntegra aplicación. Una vez aquí, con este bagaje reaccionario, el fundamentalismo puede y debe justificar determinadas constantes prácticas.

CINCO PRÁCTICAS

Son prácticas que desbordan los horizontes marcados por los mandamientos debido a que éstos, por sus innatas limitaciones y contradicciones, nunca pueden aconsejar o reprimir, imponer o excluir todas las prácticas sociales. Por eso, las religiones coinciden también en cinco prácticas que se agudizan en momentos de reafirmación fundamentalista. La primera es la supeditación de la mujer al hombre. Todas las religiones aquí analizadas asumen esta identidad fundamental, aunque hay entre ellas diferencias de intensidad y forma de aplicación que nos remiten a sus específicas condiciones de asentamiento y luego a sus evoluciones históricas. Todas ellas son andróginas y misóginas: dios es macho y aunque hay sacerdotisas en algunas de ellas, lo son en la medida en que se han identificado con los valores penocéntricos de su dogma. El hinduismo, que es el más "liberal" en este sentido, camina empero hacia una centralización andrógina creciente, que corresponde a la inevitable equiparación a escala religiosa del poder patriarcal en la India. El budismo es eminentemente patriarcal, como el islamismo, judaísmo y cristianismo. El hinduismo y el budismo jamás han combatido las criminales costumbres de sacrificar mujeres en las tumbas de sus maridos. El confucianismo y el taoísmo, por su parte, tienen en el culto a la familia patriarcal, al linaje del padre, uno de los ejes básicos de su liturgia que además sólo la pueden practicar machos, y tampoco se han opuesto a las violencias contra las mujeres.

La segunda es el profundo autoritarismo social y una muy clara minusvaloración o desprecio incluso de la democracia, sin discutir ahora su contenido socialista o burgués. No puede ser de otra forma: el fundamentalismo se dice depositario de la revelación divina, de la voluntad y planes de dios. Puede tolerar determinadas formas semidemocráticas pero siempre que no cuestionen el dogma. La historia humana rezuma sangre y dolor debido a la permanente tentación teocrática, totalitaria e impositora de las religiones. También aquí hay diferencias entre ellas, pero al final surge siempre la pugna entre libertad y dogma. El caso extremo llega con el integrista. Excepto en contadas luchas en las que algunas sectas o fracciones religiosas no dotadas de poder oficial, han optado por las masas oprimidas, la inmensa mayoría de decisiones prácticas de las religiones han sido en beneficio del poder establecido.

La tercera es que si no conquista el poder absoluto, intenta al menos alcanzar gran poder de presión y control. Es lucha política en sentido lato y duro entre fuerzas clasistas, de sexo-género y etnonacionales. Aunque importa saber si un fundamentalismo es opresor o de respuesta, aquí nos interesa el que al final lo que buscan si no consiguen la teocracia es condicionar desde las cotas de poder alcanzadas al resto de la vida colectiva. No se contentan con estar al margen, ser "religiones privadas". Al contrario, el fundamentalismo es impulsado por su creencia en que sólo él es el depositario de la "verdad" y que, por tanto, debe anunciarla a los demás. Peor aún: está ciegamente convencido que esa es su misión en la tierra -"evangelizar", "convertir", "islamizar", etc.- para salvar del infierno -todas las religiones creen en él- a los incrédulos, paganos e inocentes. Más grave aún: la predeterminación agudiza esa dinámica hasta lo trágico e inhumano.

La cuarta es que, además, en base a lo anterior, sostienen que ellos o el fundamentalismo en su identidad, poseen el conocimiento definitivo de la perfecta sociedad. Aunque también aquí hay diferencias entre las religiones, su esquema es el mismo. Los musulmanes dicen que el Corán regula toda la existencia. Los cristianos que la Biblia aunque sus diversas corrientes la interpretan a su modo, pero a diferencia del islamismo, y sólo tras durísimas luchas sociales, el cristianismo ha tenido que renunciar a la teocracia descarada reemplazándola por una más sutilmente penetrante. El judaísmo de la diáspora regula la vida en sus problemas centrales, y en el sionismo legitima los crímenes israelitas. Las religiones sapienciales hacen lo mismo pero sin tanta parafernalia ni bombo deísta.

La quinta y definitiva es que lo anterior se sustenta en la creencia de que el fundamentalismo deriva de dios, es el intérprete privilegiado, fiel, único y oficial de la voluntad divina. Repetidamente hemos denunciado esta pretensión que niega y rompe de cuajo lo más definitorio de la naturaleza humana. No nos vamos a extender sobre ella. Las cinco prácticas y mandamientos del fundamentalismo le separan radicalmente de cualquier práctica plenamente humana: histórica, immanente, auto construida, libre y natural.

LIBERACIÓN Y DIOS

Dentro de las religiones y con mayor fuerza en las proféticas, siempre ha habido corrientes "de izquierdas" y "progresistas", en el sentido de defender los intereses de las mayorías oprimidas e integrarlos en una perspectiva de futuro. Periódicamente tales corrientes han realizado intentonas emancipadoras terrenales o al menos ha forzado más allá de lo permisible la legalidad oficial. Bastantes de ellas fueron masacradas por sus mismos correligionarios; otras fueron integradas y absorbidas, tras depurar a sus sectores más radicales.

Basándose en esa innegable experiencia histórica, de la que también se reivindican movimientos revolucionarios ateos pero por otros motivos, algunos creyentes sostienen la tesis de que se puede compaginar en la práctica, en la "ortopraxis", liberación con dios. La Teología de la Liberación es, en el cristianismo, la más reciente y acabada interpretación en este sentido, aunque está muy mediatizada por las tremendas condiciones de explotación existentes en América Latina. La Teología de la Liberación, empero, tiene serios contrincantes políticos y de fe en las organizaciones evangelistas norteamericanas que, ayudadas por inmensas subvenciones económicas de origen siniestro y sucio, propagan otra forma de alienación religiosa, esta vez reaccionaria y pasiva.

Muchos creyentes han dado su vida por la liberación de las masas; han sido detenidos, torturados, encarcelados y asesinados o "desaparecidos". El problema central a la hora del debate entre revolucionarios creyentes y ateos, sean marxistas, socialistas, anarquistas, etc, no radica en las tácticas y medios, e incluso en los objetivos y fines a conseguir. En eso y en muchas más cosas se está de acuerdo: es la propia dinámica de lucha, sus exigencias inevitables y las inmediatas medidas que hay que tomar, la que les acerca y les hace superar los recelos y suspicacias sectarias.

El problema serio radica en el concepto último, filosófico y humanista, de liberación, de realización y autoconstrucción humana. Hay que insistir en que este debate no obstaculiza, al menos desde los revolucionarios ateos, la estrecha unidad práctica y militante con lo creyentes. Es más, desde siempre han sido las fuerzas religiosas las que más pegas y obstáculos han puesto a dicha colaboración e incluso han prohibido cualquier unidad de acción por nimia e insustancial que fuera. Cuatro son las distancias absolutas que separan a los revolucionarios creyentes de los ateos en lo que se refiere al concepto último de definición de la especie humana. Aquí y por razones obvias nos vamos a centrar exclusivamente en la Teología de la Liberación y todas las referencias parten de su concepción teológica.

En primer lugar, desde una perspectiva religiosa, todo pensamiento ha de seguir el dogma, existencia de dios, santísima trinidad, encarnación del dios-hombre y su sacrificio para erradicar el pecado de este mundo, etc. Los irresolubles problemas epistemológicos y científicos que ello acarrea al ateo no son tales para el creyente que admite por fe que un ser, dios, sea a la vez padre, hijo y espíritu santo, capaz de preñar a una mujer sin romper su himen, de la que nacerá ese mismo ser pero convertido en hombre-dios, etc. Supongamos que el ateo y el creyente se

ponen de acuerdo para no discutir sobre el particular y respetar cada cual el derecho del otro a pensar o creer cualquier cosa. Aun y todo así el problema no está resuelto en absoluto.

No lo está porque el creyente a la vez que parte de dios, tiende hacia él, su creencia es circular: la liberación debe concluir en la reafirmación de dios mediante la liberación del hombre siguiendo el círculo cerrado del dogma. No hay posibilidad de salirse de él pues se caería de inmediato en el pecado y por tanto, la liberación sería imposible. En la liberación cristiana el fin es el principio, eternidad inmóvil, reino de dios bajado a la tierra. Se restablece la voluntad divina, cuestionada por el pecado original, por la caída. La liberación sólo es posible tras el sacrificio del dios-hombre que ha lavado con su dolor nuestra culpa, la culpa humana, la que todos llevamos por el pecado original y nos determina en todo.

El ateo no acepta en modo alguno semejante interpretación. Para él la liberación humana no es circular, no vuelve al origen, al paraíso del que fue expulsado. La liberación es el mismo proceso de autoconstrucción, autogénesis siempre compleja y tensa. Lo que le separa del creyente es una concepción de la especie humana totalmente diferente. Y la historia de la emancipación indica que esas diferencias también tienen su importancia a la hora de la felicidad cotidiana. El ser humano no es una cosa acabada, creada desde fuera por y para una voluntad inaccesible. El ser humano es su propia autoconstrucción.

El segundo lugar, es tal la distancia entre el militante ateo y el militante creyente, que la Teología de la Liberación insistió desde un principio en que no tenía ninguna relación esencial con la filosofía materialista y atea, que su relación era instrumental y accesorio, como una muleta. La Teología de la Liberación no tiene más remedio que reconocerlo así, pues de lo contrario se negaría ella misma como teología, como "conocimiento de dios". Y es que ese conocimiento es especial. Ya hemos hablado de la tesis de la "doble verdad", la de la fe y la de la ciencia. La Teología de la Liberación acepta esa tesis y cree mejorarla: la gracia de la fe, la contemplación de dios, se perfecciona y ahonda mediante la evangelización "verdadera", la que va a los pobres, a los desheredados.

El creyente parte de la "verdad" de dios y busca evangelizar a los pobres comportándose con ellos algo parecido a como se comportó dios-hombre, Jesús el Cristo, con la Humanidad: el sacrificio en la cruz fue la redención de los pecados. El creyente hace de su sacrificio militante la redención material de la opresión del pobre, del paria. Su capacidad de análisis de la sociedad está "enriquecida" por la vivencia mística de la fe y de la "verdad": tiene más conocimientos, piensa, que el ateo, que carece de los datos de la "revelación".

El ateo parte de la verdad como proceso de superación y de transformación inmanente, no como revelación. No necesita al Cristo crucificado para tomar fuerza de su dolor y entrega; las obtiene de su conciencia y de su ética individual y colectiva, finita y terrenal. No busca redimir a nadie: busca la emancipación colectiva. No acepta el pecado original, la caída en desgracia por cometer pecado de soberbia, la expulsión del paraíso por comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. No lo hace porque lucha por eso: que la especie llegue a ser más que dios gracias a haber no sólo comido de ese árbol sino haber plantado y hecho crecer el árbol. El ateo, en suma, no sólo come del árbol del bien y del mal, sino que él mismo ha plantado ese árbol. Más aún, la práctica humana ha construido ese árbol durante siglos, podando sus ramas secas, regándolo, cruzándolo con otros árboles en busca de obtener mejores y más ambulantes frutos. La diferencia aparece aquí flagrante: mientras el creyente se limita a esperar los permisos superiores o, en el mejor de los casos, a rogar a estos que sean más humanos, el ateo revolucionario va directo a la acción, no pide permiso y no sólo planta, cuida y riega el árbol sino que además se come sus frutos. Lo hace con placer y fruición: con el gozo de la libertad autoconstruida.

En tercer lugar, al luchar contra el pecado, al cumplir el mandato divino, el creyente no está siendo libre. Ningún creyente es libre en el pleno sentido de la palabra. Dejando de lado la predestinación y la omnisciencia divina, hay que decir que sólo el Ángel Caído intentó ser libre. Conocemos su suerte: el infierno. Tienen razón los integristas y fundamentalistas más reaccionarios: sólo Lucifer rozó una vez la libertad y lo está pagando eternamente desde entonces. El resto de la corte celestial, arcángeles, ángeles, querubines, serafines, potestades, etc., son meros peones de dios. Los creyentes también. Su libertad, su liberación, es la aceptación pacífica del Poder Divino. El creyente no es libre porque cumple un mandamiento: el primero en el decálogo cristiano, "amarás a dios sobre todas las cosas". Su incumplimiento es la condenación o si se quiere la ausencia de la contemplación divina, el no gozo del éxtasis místico en la Vida Celestial. Por tanto no hay, no existe ninguna supuesta Teología de la Liberación en sentido verdaderamente cristiano. La Teología de la Liberación es un bluff en el sentido teológico porque trata de un problema que cristianamente hablando no es problema: la libertad.

El ateo pasa realmente de estos galimatías indemostrables racional y lógicamente. Para él la libertad es cuantificable, medible, palpable. Se mueve en otra dimensión, vivencialidad y cosmos existencial. Respeta el derecho del creyente a imaginar esas cosas como respeta el derecho de un brujo a bailar la danza de la lluvia o a intentar ver el futuro en las tripas de un sapo. Pero el ateo rechazará con educada determinación todo "consejo" del creyente sobre su forma de vida. Sabe que para aconsejar a alguien hay que tener legitimidad. Y el problema para el creyente surge de su falta de legitimidad. No es que no tenga derecho a expresarse, nada de eso. Resulta que todo su esquema interpretativo de la realidad está viciado por el núcleo religioso, por la incapacidad cognoscitiva que le caracteriza. Ningún cristiano puede hablar de libertad porque, en su ordenamiento mental, esa cosa no existe. Por tanto, no puede aconsejar sobre algo que ni siquiera sabe qué es. Sí puede saber sobre sexualidad, porque tal vez la practique a escondidas, pecando, y puede decir algunas cosas sobre ella. Pero sobre libertad, sobre qué es ser libre, no puede decir nada.

En cuarto lugar, la Teología de la Liberación es el último acto del egoísmo cristiano en condiciones desesperadas como las de América Latina. El cristianismo siempre ha tenido grupos que han intentado "lavar el pecado de la Iglesia", su colaboración con el poder terrenal, con el pecado. Por no retroceder mucho: ciertos teólogos intentaron lavar la imagen cristiana ante el marxismo en la Europa de los sesenta y setenta; antes otros habían intentado ganarse la confianza y el perdón por el colaboracionismo cristiano con el nazi-fascismo, etc.

El egoísmo está dentro del primer mandamiento: si he de amar a dios he de limpiar su honor. Implícitamente el segundo mandamiento, "no usarás el nombre de dios en vano", obliga a lo mismo. Dicen que Jesús echó del templo a los mercaderes. El creyente debe lavar los pecados de la Iglesia. Cuando son horribles, como el de colaboración con el imperialismo, los creyentes más sinceros sufren en su alma el pecado ajeno, como los mártires el de los arrepentidos al paganismo y Jesús los de la Humanidad. Es una exigencia de fe. Un mandato de dogma. Egoísmo es cumplir el mandamiento para no padecer Castigo Eterno, o Penitencia en caso de desobediencia y sobre todo, gozar del Premio Eterno.

Toda religión es egoísta. Pero más aún las que pretenden realizar el "reino de dios en esta tierra". Egoísmo doble: quedar bien ante los oprimidos y bien ante dios. No existe ninguna diferencia entre el carlista que llevaba en el pecho el amuleto de "detente bala, dios está conmigo" -fetichismo cristianizado- y el cura rojo que lleva el crucifijo en el Kalashnikov AK-47: es la misma mentalidad de fondo, egoísta y miedosa. Otro tanto con los 'mujhaidin' musulmanes o los 'kamikaze' que se inmolaban en honor de su dios-emperador nipón. El miedo no paraliza al sujeto ante la muerte: lo paraliza ante la vida. Prefiere morir en un acto egoísta de salvación eterna que seguir viviendo en una lucha permanente que se sabe concluye en la nada de la descomposición de cuerpo.

Aquí aparece una de las más irreconciliables diferencias entre el ateo y el creyente: el sentido de la vida, su valor y el de la muerte. No existe conciliación alguna pues el creyente recurre a los fundamentos de su fe: la Teología de la Liberación es sólo una variable más del fundamentalismo. Es un fundamentalismo de respuesta dentro mismo de la Iglesia. Responde con las mismas argumentaciones pero vueltas al revés al fundamentalismo que durante siglos a beneficiado al imperialismo. Desde siempre, los revolucionarios ateos han apoyado estas luchas pues sirven a la emancipación sociopolítica, pero siempre advierten que hay aún una parte substancial por lograr: liberarnos del "amor de dios".